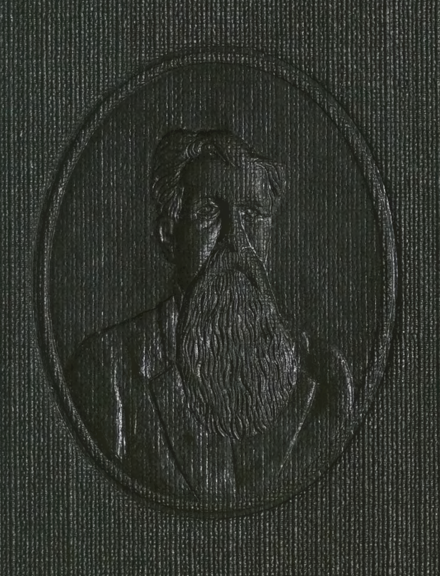
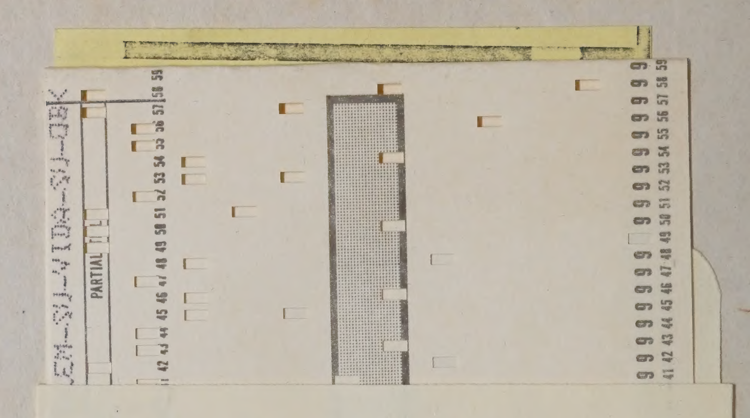
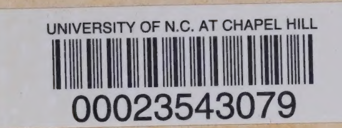
ALEM



BUENOS AIRES
"EDITORIAL ALEM"
1928




LUX
LIBERTAS


UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00023543079

ALEM

ALEM

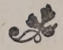
SU VIDA, SU OBRA, TRAGEDIA DE SU MUERTE, LAS DOCTRINAS DEMOCRÁTICAS DEL FUNDADOR DE LA UNIÓN CÍVICA RADICAL A TRAVÉS DE DOCUMENTOS, DISCURSOS Y ESCRITOS.

(Edición autorizada y confrontada en los archivos)

¡Sí, que se rompa, pero que no se doble!

L. N. Alem.

1º Julio 1896



BUENOS AIRES

"EDITORIAL ALEM"

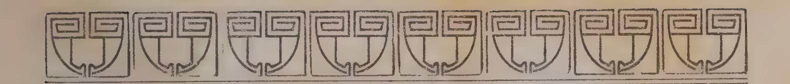
1928

PRIMERA PARTE

DATOS BIOGRAFICOS



Dr. LEANDRO N. ALEM.



PRIMERA PARTE

DATOS BIOGRAFICOS

Leandro N. Alem nació en Buenos Aires, el 25 de Febrero de 1844.

Temperamento impetuoso, inteligencia despierta y corazón romántico, en su juventud, de estudiante, se destaca por su carácter y sus condiciones excepcionales.

En 1869 egresa de la Facultad de Derecho de Buenos Aires distinguido entre todos sus condiscípulos, que fueron después ciudadanos de alta actuación en la República. A ese año se le llamó en el ambiente universitario ''de fierro'', por el conjunto de graduados que después sobresalieron y en cuya nómina figuró el doctor Alem.

Su tesis llamó la atención por la profundidad de las teorías que expuso y la limpidéz de su estilo rotundo y terso. Versó sobre el tema: ''Estudio sobre las obligaciones naturales''.

Lanzado a la candente arena política, parte luego como ayudante del general Paunero a la guerra del Paraguay, interviniendo en todos los combates en que actuaron las fuerzas de Buenos Aires con singular bravura y denuedo. En uno de ellos fué herido.

Ocupa después el puesto de secretario en la legación argentina en la Asunción del Paraguay y más tarde en la de Río Janeiro, donde se conquista simpatías y renombre.

Miembro de la legislatura de la Provincia de Buenos Aires, fué también diputado y senador nacional en varias épocas resonantes, en la que su personalidad se acentúa con contornos de apóstol de grandes ideales de libertad.

En 1880 en la Legislatura de la Provincia en largas sesiones que comienzan el 12 de Noviembre y terminan el 22 del mismo mes, el doctor Alem pronuncia un discurso sobre el proyecto de federalización de la ciudad de Buenos Aires, que es honra de la oratoria y la elocuencia argentina, por la versación que reveló en derecho constitucional. En esa notable pieza expone sus puntos de vista sobre dicho problema, con decisión y energía, que fueron siempre su característica a través de su fecunda labor cívica y política.

En 1890, al frente del glorioso movimiento revolucionario que tuvo como punto céntrico el cuartel del Parque de Artillería, en la Plaza Lavalle, de la metrópoli argentina, el doctor Alem surge definitivamente como un símbolo redentor de la democracia argentina.

Tribuno, pensador, poeta, sensible a las hondas emociones acrisoladas en su alma recta, sufre destierros, persecuciones indecibles y se inmola el 1º de Julio de 1896 en esta capital, ante el estupor y el dolor de todo el país.

''El deber no se cumple sino haciendo algo más de lo que el deber manda, ''Esta fué una de sus máximas austeras y espartanas.

En numerosas ciudades argentinas, comenzando por la de Buenos Aires, su efigie se levanta en mármol y bronce en una gloriosa supervivencia que ha de perdurar en el tiempo, como una enseñanza inmaculada.

La Unión Cívica Radical, el gran partido que fundó para bien de la Patria cumple ampliamente con el programa de principios que este adalid privilegiado por virtudes integérrimas le trazara, donándole con su vida el tributo de su sangre generosa.



EL POETA



SOMBRAS

(POESIA)

Fantasmas que giráis sobre mi frente,
negras visiones que agitáis mi alma,
¿qué queréis? ¿quién os manda del abismo
para llenar de sombras mi morada?

¿Sois, acaso, funestos mensajeros
que a presagiar venís nueva desgracia?
¿no queréis que en la vida me ilumine
ni el débil resplandor de una esperanza?

¡Mirad! ¿No véis la tenebrosa lucha
en que mi noble corazón desangra?
pues bebiendo por horas el acíbar
ni un quejido he lanzado... ¡ni una lágrima!

¡Ah! si venís con el siniestro intento
de que incline mi frente en la batalla,
¡volved sombras impías al abismo
porque es muy grande la virtud de mi alma!

Desde el primer instante en que mis pasos
al tumulto social se aproximaban,
sentí sobre mi frente candorosa
el hálito fatal de la desgracia.

Y al buscar del hermano la sonrisa,
desdeñoso y cruel me dió la espalda,
y huérfano y errante entre el tumulto
las sombras de las tumbas me rodeaban.

Pero, ¡adelante! — dije — que en la lucha
se retemplan mejor las grandes almas,
cuando inspiradas por la voz de Cristo
al porvenir dirigen sus miradas.

Fantasmas que venís en torno mío
para eclipsar la luz de la esperanza,
¡volved a sepultaros al abismo:
¡yo no inclino mi frente en la batalla!



Monumento a la revolución de Julio en la Recoleta, donde se encuentran depositados los restos del Dr. Leandro N. Alem.



EL JUICIO DE LOS CONTEMPORANEOS

SEMBLANZA

POR

ADOLFO SALDIAS

Platón y Jenofonte, Saint-Simón y Augusto Comte, han condensado el pensamiento humano para tratar de fijar reglas sobre las cuales se apoye el mejor gobierno de las sociedades.

Pero el sentimiento de una parte, las peculiaridades nacionales de otra parte, han primado sobre la última palabra de esos sabios, y las sociedades, como dice Bluntchli, se han regido por leyes fundadas en sus necesidades, en sus intereses o en sus aspiraciones inmediatas.

Espejismos de un pensamiento trascendental, esos libros han servido y aún servirán como fuente de estudio; pero no han tenido la virtud de impregnar las conciencias y hacerse carne en el corazón de los pueblos.

Más que todos ellos ha conseguido ese libro que se llama la Constitución de los Estados Unidos.

¿Se sabe por qué? Porque, como decía Franklin, ello no es más que el *derecho humano* y sus derivaciones naturales, trasladado en formas orgánicas, especies de ver-

sículos de esa biblia republicana a la cual le consagran profunda fe los ciudadanos.

Desde este punto de vista, la hermosa realidad que consagraron en bien del mundo moderno los sencillos puritanos de la Nueva Inglaterra y que hacen suya los ciudadanos virtuosos, representa una suma de libertad y de progreso más efectiva que la que grandiosamente soñaron los idealistas en libros que el mundo admira todavía.

Dadme virtudes y os daré repúblicas, ya decía Montesquieu en seguida de observar,—como sir John Lubbock los hormigueros,—una colmena de abejas, en la cual el trabajo fecundo, la previsión moral y la idea del bien para los demás, constituyen la ley que se resuelve en felicidad de esa asociación privilegiada.

Los talentos del hombre son múltiples como los colores del iris, que se suceden con brillos fascinadores. Pero la virtud es una, como la verdad, y en su indivisibilidad incontrastable no reconoce más gradación que la del bien y del mal.

Y en el gobierno de las sociedades es donde más resaltan los beneficios que conquista la virtud.

No son los hombres de mayores talentos los que han realizado esos bienes: son los más virtuosos.

Con el tiempo, cuando seamos más trabajadores y menos guerreros, hemos de acordar en que las virtudes políticas de San Martín reemplazan ventajosamente las victorias que alcanzó; y que, con su retirada del Perú, acabó de fundar más sólidamente las cinco repúblicas que había redimido después de Chacabuco, Maipú, Callao y Lima.

Y se gobierna desde el poder, como se gobierna desde las filas del pueblo: Gladstone en los clubs, en la prensa, en los comicios — instituciones invulnerables en la libre Inglaterra— ha gobernado tanto como la reina Victoria.

Cierto es que en la República Argentina no hay gobierno regular desde que el poder constitucional salió del quicio con el sistema brutal del general Roca; con el de Juárez, que fué el de la aparcería y el latrocinio; con el de Pellegrini, que fué la continuación del de Juárez a puñetazos, y con el de Sáenz Peña, que es el de la hipocresía encubridora de cuanta perversidad se comete contra las libertades públicas.

Pero en cambio, hay una fuerza popular, de suyo más poderosa que el gobierno artificioso que fuera de ley domina, fuerza que arrastra consigo la conciencia pública y desenvuelve proyecciones trascendentales para el derecho político en la República Argentina.

Esa fuerza la constituye un hombre que lleva en sus manos la investidura solemne del pueblo, la bandera de principios de la Unión Cívica Radical.

Ese hombre es Leandro N. Alem.

¿Quién es Alem? Preguntadlo a sus adversarios. El que se crea más encumbrado, el que mejores méritos se atribuya, si no tiene la hidalguía de declarar que Alem es una expresión de la virtud cívica, sentirá el eco de la propia conciencia que así se lo grita.

Es una virtud, y porque lo es, el pueblo cree en él y concurre con sus mejores anhelos a la obra a que él dedica su existencia y le consagra sus acariñadas simpatías, y se

mueve como un hombre ante su palabra levantada y patriótica.

¿Cómo ha podido conquistarse esta influencia que bien puede llamarse incontrastable?

¿Repartiendo satisfacciones y obligando el agradecimiento personal? Nunca las procuró ni para sí mismo.

¿Obteniendo favores para edificar esas posiciones políticas paulatinamente rebuscadas desde los cargos públicos? Nunca estuvo en el gobierno, y ha vivido en la pobreza.

No, Alem ha conquistado palmo a palmo esa influencia dando el ejemplo de virtud cívica más elocuente y más notorio entre los hombres de su generación en la República Argentina: predicando esa virtud para formar caracteres que hagan práctica la libertad cogobernante de su patria.

Hay algo singular, inverosímil para algunos, en el organismo generoso de ese hombre formado entre los rudos combates de la suerte, a los cuales se sobrepuso siempre con la nobleza de aquellos grandes caballeros de la Edad Media, que no en vano tenían a gloria llamarse los primeros varones cristianos.

Sigue los impulsos de la austeridad inflexible de un espartano, con la confianza y la sencillez de un niño; y lejos de querer sacar partido de los recursos que le proporcionarían sus talentos, en ese campo enmarañado y mezquino de la política, él se circunscribe a la verdad, y sigue recto el camino, iluminado con esa luz de sus ideales.

Es que cuando se ha hecho de la virtud el culto de la vida, el hombre sigue sin pensarlo las impresiones que

acerca de la moral, de la justicia, de lo generoso y de lo bueno se siente en la niñez.

Ha habido viejos niños entre los sabios virtuosos como Newton; entre los políticos virtuosos como Foción; entre los virtuosos soldados como Arístides. Dichosos aquellos que después de haber experimentado la realidad del *taciüs sene scimus annis,* de Ovidio, en las últimas y melancólicas tardes de la vida actúan—libres del egoísmo que hiela el corazón,—al impulso de las espontaneidades levantadas de los niños!... *Terque quaterque beati!...*

¿Es que ello sería el elogio de Alem? No es mi ánimo hacerlo. No he hecho jamás elogio público de ningún vivo en mi país.

Un día, abriéndose paso por entre la multitud, que mustia contemplaba la inhumación de los restos del general José María Paz, un hombre cubierto con el polvo del camino, con acento levantado hizo justicia póstuma a ese viejo guerrero. Nadie conocía a ese hombre en ese momento. Apercibido de ello, cerró su peroración poco más o menos así: "Puedo afirmar que lo que hizo el general Paz como jefe de la defensa de Montevideo, lo coloca en el rango de los primeros tácticos y estratégicos: lo digo yo—Melchor Pacheco y Obes."

Lo que para alguien sería un rasgo de petulancia, era en realidad la sana aspiración de que no hubiese duda respecto de la justicia que proclamaba un testigo ocular autorizado.

Prescindo de lo que personalmente me favorezca la comparación con el general Pacheco y Obes, y repito en cuanto a Alem se refiere: — Lo digo yo, Adolfo Saldías.

uno de los últimos ciudadanos argentinos: que nada debo a Alem ni a ningún político de mi país, donde me he creado el derecho de decir y escribir con independencia lo que tengo por verdad.

La vida de Alem se ha trasparentado día a día ante las miradas de sus contemporáneos. Se diría que esos días son como las páginas de un libro abierto a todos los que quieran recoger ejemplos saludables.

Se puede, pues, recordar alguno de esos días, como quiera que esa vida está vinculada a la vida política de la República Argentina, y la personalidad de Alem tan expuesta se encuentra al comentario público como abierta perpetuamente está su casa al pueblo que buenamente la hace suya.

Los recuerdos de los antiguos amigos de Alem están contestes en que fué el mismo hombre, fundido de una pieza, con la conciencia incontrastable del deber. Siendo un niño, ya contrajo un compromiso de honor para pagar con su trabajo personal la casa en que vivía en austera pobreza con su digna madre y sus hermanos. Cumplió su compromiso, porque de nadie quiso recibir favor, y en ese aprendizaje de la rigidez inflexible se formó su corazón y su carácter.

En las aulas universitarias se hizo notar por su inteligencia vigorosa, cuyos vuelos amplios dominaban las cuestiones desde un punto de vista siempre levantado.

Pero no fué esta circunstancia la que le permitió ser

el centro, por decirlo así, de ese elemento juvenil que después debía brillar en las letras, en el foro y en la política de la república y del que formaban parte Cambaceres, Dominguito Sarmiento, del Valle, Demaría, Avendaño, Rosa...

Desde entonces, la simpática fisonomía moral de Alem, observada día a día en las intimidades de esa edad de oro, en que el mañana vendrá con la promesa de la alegría de hoy, revelaba dos fases que se confundían al favor de cierto sentimentalismo innato en él, y que por ende se manifestaba en el fondo de todas sus acciones.

Por la manera de encarar las cosas y de conducirse, se antojaba que Alem estaba en plena edad provecta.

Austero ante los detalles de su vida; inflexible ante el deber, aún respecto de aquellos deberes que se salvan contando sobre la condescendencia de los demás, severo en sus costumbres, casi impecable, a ser rubio podía decirse que era el retrato un tanto perfeccionado de Saint-Just; que en sus brillantes ojos negros había también el fuego que denunciaba el amor a la libertad ante la mirada de águila de César.

Jamás fingió amores a una mujer; jamás le mintió a hombre alguno. No hace mucho, un senador nacional, su enemigo político implacable, afirmando que conspiraba en el país, corroboró esa cualidad de Alem diciendo en pleno congreso argentino: "El doctor Alem, señor presidente, no sabe faltar a la verdad, y estoy seguro que él afirmaría que conspira en la actualidad."

Y esa severidad de corte antiguo, esa rigidez imponente se absorbían en sí mismas, como se absorbe el pensamiento

en la imagen lejana de la mujer que se amó, cuando una idea noble, cuando un motivo generoso agitaba su corazón lleno de fuego.

Entonces primaba su sensibilidad con espontaneidades gratísimas para él. Una fuerza íntima lo sobreponía a cuanto lo rodeaba, y su acción y su palabra, según fuese el momento, se asimilaban con la borrasca que todo lo dominaba; con el idilio que levanta el espíritu entre armonías tan suaves como el sueño de los niños; o con la lágrima que proporciona consuelos infinitos aún a los que sólo pueden derramarlas para rociar con ellas sus recuerdos.

Y ello es natural. En fuerza de cierta predisposición, alimentada con el convencimiento cada vez más firme de que la moral del sentimiento debía conducirlo, ha habido y hay en Alem un fondo romántico; en el sentido levantado de esa cualidad que hace reir a tantísimos idólatras de la moral que sintetizó entre otros Bentham en una libra esterlina arrojada al mundo con desprecio.

¿Amó Alem entonces? No lo sé; sé que era capaz de amar mucho, y que a la mujer que amase, habríala guardado entre los cristales purísimos de su fe, quemándola perpetuamente el fuego de su alma.

Sé también que hizo versos, dedicados a una mujer a quien jamás nombró, y en los que se notan las suavidades melancólicas de Herrera, y los ardientes anhelos de Leopardi.

Algunos llamaron justamente la atención, y el delicado y erudito don Juan María Gutiérrez, haciendo elogios de

ellos, presentó a la América como poeta a Alem, juntamente con Clemente Athaus, el malogrado poeta del Perú.

Pero la juventud de esos días no tuvo tiempo para desplegar sus vuelos literarios.

La política oficial lo absorbió todo.

A la política localista del viejo partido unitario que se había impuesto en Buenos Aires por la matanza de Villamayor, por Pavón, la carnicería de Cañada de Gómez y las sangrientas expediciones militares que asolaron las provincias bajo el gobierno del general Mitre, se sucedió la que este general llamó *gran política,* pomposamente iniciada con la guerra del Paraguay.

La juventud de Buenos Aires, en viendo el honor nacional comprometido, corrió a alistarse bajo la bandera de la patria.

Alem fué de los primeros, y en esa cruda campaña, a la que el general Mitre asignó *a priori* tres meses, y que duró tres años, de combate en combate, Alem ganó sus grados militares y las medallas y cordones a que se hizo acreedor.

Era el mismo, siempre el mismo cuando regresó a Buenos Aires. Colgó su espada, renunció su grado militar y continuó sus estudios, trabajando para vivir en vida honrada y modestísima.

Amigos que tenía en la magistratura quisieron favorecer su estudio de abogado con valiosos concursos y mejores nombramientos. El rehusó tales favores para no deber nada sino a su esfuerzo personal.

Sólo aceptó el cargo gratuito de *defensor de pobres.* Defensor de pobres Alem! ¿Quién era más pobre que él?

Largo tiempo desempeñó estas funciones tan simpáticas a un corazón noble, con diligencia tal como lo acreditan las manifestaciones espontáneas de que fué objeto.

Cuando el general Paunero fué nombrado plenipotenciario ante la corte del Brasil, le pidió a Alem lo acompañara como secretario de legación.

Alem habíase formado ya su estudio de abogado, con tan buen éxito que no eran únicamente los desheredados de la suerte quienes encontraban en él un ardiente defensor de sus derechos.

Eran las antiguas razones comerciales, los fuertes capitalistas y aún los pleitistas reincidentes que concordaban en nombrarlo árbitro de sus diferencias. La austeridad de ese joven abogado era para esas gentes cosa juzgada como la de una sentencia, y a ella se atuvieron siempre, porque no encontraron justicia más cumplida que la de los laudos de Alem.

Hubo de excusarse con el general Paunero; mas cuando éste le manifestó que necesitaba de él y que aceptando el cargo hacía un servicio al país, Alem lo dejó todo para acompañarle.

El general Paunero, que creía conocer a Alem, no contó seguramente con que en su secretario primaban ciertas tendencias democráticas sobre las exigencias de la diplomacia.

Ceremonioso, culto y arrogante, Paunero preparó su traje militar de gala, y sus medallas y cordones de Ituzaingó y del Paraguay, para ir a presentar sus credenciales al emperador, y le fijó día y hora a Alem para que lo acompañase.

Alem le manifestó respetuosamente que no se pondría otro traje que el de frac negro: que no llevaría el traje diplomático de usanza en las monarquías, porque siendo un ciudadano con la comisión de secretario de una legación republicana, pensaba que no le cuadraba otro.

Paunero insistió. Entonces Alem le presentó su dimisión, y el general Paunero, con escrúpulo y todo, lo presentó ante la ceremoniosa corte del emperador con el sencillo frac negro, y todavía menos viejo que aquel con que se presentó Franklin en el palacio de los reyes de Francia.

Las luchas políticas hicieron resaltar la personalidad de Alem, cuando en fuerza de sus cualidades y de la confianza que inspiraba, llegó a ser el tribuno aclamado del pueblo.

Elegido diputado a la legislatura, produjo unos notables discursos en contra de la capitalización de la ciudad de Buenos Aires; aquella herejía política a la cual el presidente Avellaneda llamó la ‘‘solución del problema secular’’, y que ha sido la madre de nuestros ejecutivos imperiales.

Puede decirse que Alem estuvo desde entonces en la brecha; no desmayó un solo día, siempre en las filas del pueblo, edificando las conciencias con la fuerza de su voluntad y provocando nobles entusiasmos con su palabra inspirada en el sentimiento de la patria.

De los clubs y de la plaza pública, donde más de una vez renovó las escenas grandiosas de la democracia ateniense, llevó su propaganda al congreso, sin perder de vista los rumbos que eran la expresión severa de sus an-

tiguos ideales, y que ensanchaba con el constante afán que lo caracteriza.

Esos ejecutivos imperiales a que me he referido, tuvieron un colmo — Juárez; el cual debía ser oscurecido por otro colmo — Sáenz Peña.

Las libertades públicas ultrajadas con los alardes imprudentes con que se recomienda escarnecer la moral en los bajos fondos:—el gobierno de las provincias y los altos cargos públicos repartidos entre vivanderos políticos a quienes Sarmiento había ya anticipado el justificado englobamiento de gavilla de salteadores; los tesoros robados; los bancos saqueados; el crédito nacional por el suelo; los ladrones ostentando sus rapiñas, y la dignidad del país vilipendiada: eso fué el gobierno de Juárez.

Cerrados todos los caminos para el derecho, Alem, con ser una fuerza por su ascendiente entre el pueblo, no podía ejercitarla en otro terreno que en el de la revolución. El camino era fatal, como el progreso o como la desgracia. La revolución ha sido y será siempre, o una prevención de la razón pública a los gobiernos que imposibilitan los recursos para demandarles las violaciones de la Constitución en mengua de la nación; o un estallido necesario del sentimiento para que el derecho y la dignidad humana no queden a merced de los gobernantes que lleguen a contar con las docilidades criminales que conducen a los pueblos al servilismo derechamente.

Un viejo amigo de Sarmiento ya había dicho en esos días: "¿Qué estáis escandalizándoos de la vergüenza?... La revolución es como el arado: quiebra la tierra, pero la fecunda."

Alem fué la grande fuerza de esa revolución regeneradora, que consumó el elemento popular de la Unión Cívica y el ejército ciudadano, que no quiso confundir criminalmente la disciplina en sostén de la Constitución, con el servilismo en provecho de los gobernantes salidos fuera de la Constitución.

La revolución, con ser desarmada, quedó triunfante en el terreno fértil de la idea; y fué Alem quien levantó en alto la bandera de los principios, cuando la política de evoluciones inspiradas en móviles siniestros o en idolencias criminales, llevó a los generales Roca y Mitre a celebrar con el poder público un *acuerdo* por el cual se "evitaba la lucha", según la declaración de los contratantes, a condición de producir ellos las funciones electorales suprimiendo la acción del pueblo.

El general Roca creyó haber desbaratado para siempre la acción de la Unión Cívica, porque nunca creyó en la opinión, y porque a semejanza del religioso guipuzcoano, acariciaba el ideal que el pueblo no tuviera más que una sola cabeza para cortarla, y hacerla servir de pedestal a sus ambiciones fatigadas pero no satisfechas.

El general Mitre, que en su larga carrera pública, o ha desbaratado todas las situaciones políticas en que ha actuado, o ha querido que se resuelvan en su favor, halagado por ambiciones seniles, creyó también incontrastable la revolución siniestra que servía con toda su influencia.

El poder oficial, aliado a esos dos hombres que a todo trance querían imponerse a la república, procedió en el sentido de "evitar la lucha"; y las provincias militari-

zadas y las disposiciones represivas, y las coacciones escandalosas, mostraron que lo que querían era eliminar al pueblo, suprimiendo el voto que los ahogara.

Frente a frente a ese poder que disponía de toda la fuerza, de todas las posiciones oficiales, de los tesoros de los cuales usaba como de cosa propia, y de esos dos hombres cuya influencia se antojaba incontrastable, se colocó Alem con el alma templada por convicciones profundas.

La Unión Cívica Radical, que protestó contra ese *acuerdo* singular en los anales de nuestra historia constitucional, lo proclamó su jefe; y fué en vano que el general Roca explotase menguadamente el provincialismo contra la capital, y el general Mitre explotase el metropolitanismo contra las provincias, como respectivamente lo habían hecho más de treinta años consecutivos, para cohonestar la obra patriótica de Alem, declarando el primero que debía rodearse al gobierno contra la demagogia (!) y declarando el segundo que la Unión Cívica era la que él representaba.

En los lugares más apartados de la repúbiica se levantaron protestas para mostrar a Roca que la nación estaba del lado de los cívicos radicales; que, con Alem a la cabeza, aspiraban a desagraviar las libertades públicas que Roca había enlodado durante su gobierno, y después de su gobierno imponiendo a su país la vergüenza de Juárez.

Y uno de los primeros hombres del clero de Córdoba, cuyo consejo solicitaron ciudadanos respetabilísimos, dió la fórmula concreta de la legitimidad con que Alem lle-

vaba en sus manos la hermosa bandera de la Unión Cívica, diciéndoles: — "Ecclesiam meam est ubi Petrus est: la Unión Cívica está donde esté Alem".

Esta página de la Unión Cívica Radical está llena por Alem; por su abnegación en aras de la patria; por su energía indomable para luchar con las dificultades y vencerlas a pecho descubierto, esto es, a fuerza de acción constante y de propaganda ardiente.

Su palabra inspirada penetró en el corazón del pueblo, y el pueblo sintió con él.

Sintió con él, que lo siguió a todas partes; y oyó en las vibraciones de su palabra la gran voz de la patria que al deber lo llamaba, y vió en los ojos del fogoso tribuno el horóscopo certero de sus sanas aspiraciones realizadas.

Pellegrini prestó las fuerzas de línea y de policía para que Roca y Mitre hiciesen elegir a balazos a Sáenz Peña, al tránsfuga de su partido.

Ellos imputaron fementidamente hechos atroces a Alem y a los principales amigos de éste, para apresarlos y procesarlos como a criminales famosos; y después de fusilar en los comicios a los cívicos radicales, que hubieran sido los únicos en votar, invistieron con la banda de Rivadavia y de Sarmiento al desgraciado insano que todavía hoy desempeña el cargo de Presidente de la República Argentina.

Pero no eran estos contrastes ni otros mayores los que podían quebrar la fe profunda de Alem, ni apartarlo de su obra patriótica.

Entonces fué cuando se excedió a sí mismo por el vigor de su acción y de su propaganda.

Desde el último club de Jujuy hasta la primera parroquia de la capital, todos los centros radicales tuvieron la palabra de orden, y a todas partes trasmitió los grandes alientos de su alma apasionada por la patria.

Todos lo reclamaban: todos querían oir de sus labios esa palabra de donde brotaba la hermosa elocuencia de la verdad, como si quisiesen avivar la llama que ardía en los corazones levantados.

Y a todas partes fué, que luego de instalar personalmente más de veinte clubs populares en la capital, recorrió las provincias en medio de ovaciones tan espontáneas y tan tocantes como no ha merecido ningún otro argentino.

Los niños de las escuelas alguna vez coronaron con flores la frente de Sarmiento y con ellas cubrieron el camino que recorría este gran ciudadano, conmovido ante esa manifestación singularísima y grandiosa; tan singularísima que, a adivinarla, se la habrían decretado para sí los Césares romanos y los bribones modernos que aspiran a ser Césares.

Pues, igualmente singularísimas fueron las ovaciones que recibió Alem, que las poblaciones salían a recibirlo con los niños en los brazos para que Alem les pusiera las manos en las cabecitas como en los tiempos de Franklin; y los ancianos consulares, y los últimos guerreros que vivían a la sombra de su posteridad, llegaban de largas distancias a rendirle cívico homenaje tendiéndole los brazos; y en Tucumán como en San Juan, las madres hacíanlo rodear por los hijos, diciéndoles: "Hijos, recordad siempre a este patriota argentino"; y en el Paraná las niñas,

con la ya tradicional boina blanca, le hicieron avenida con sus bellezas, iluminadas por el excelso patriotismo, y cubrieron con flores el camino del abnegado tribuno de la Unión Cívica Radical.

Así, exclusivamente consagrado a su patria; sin abatirse ante los desalientos o las dificultades; sin detenerse ante los rudos ataques de los protervos, ni ante las intrigas del personalismo, Alem se sobrepuso a todas las fuerzas del oficialismo enfiladas para aniquilarlo.

Triunfó de esas fuerzas porque *nacionalizó* la causa de la Unión Cívica Radical, llevando el convencimiento a todos los centros de la república, de que la dignidad argentina exigía que los ciudadanos sacrificasen todo para conseguir el libre ejercicio de su derecho, desnaturalizado y violado por los gobiernos salidos de la ley, que se han trasmitido el mando en ausencia del pueblo y en prosecución de fines vergonzante para la dignidad nacional.

Y al triunfar así, triunfó sobre una época que amenazaba perpetuarse, colocando a la república en la pendiente de los descensos irreparables; época de corrupción sistemada para encontrar instrumentos entre el servilismo; de latrocinios notorios pero impunes, porque en estos estaban mezclados altos funcionarios que enriquecían quizá a los mismos que debían haberlos juzgado; de opresión sangrienta, mantenida por los cómplices de tanta iniquidad en cada una de las provincias, a condición de que los factores principales los sostuvieran en sus gobiernos contra la opinión que los rechazaba; época de degradación administrativa, de avaricia sórdida para

aprovechar de las ventajas pecuniarias a costa de la fortuna pública, divorciada del pasado de la patria, cuando los gobernantes bajaban pobres y honrados a confundir sus anhelos con el pueblo, desde Posadas a cuya familia tuvo que auxiliar la asamblea de 1813, hasta Sarmiento a quien esos mismos ladrones públicos dejaron morir de hambre; época que se inició con el funesto gobierno de Roca, que casi se desbordó con el de Juárez, que se siguió con el de Pellegrini, y que toca a su término con el tambaleante de Sáenz Peña, el hipócrita lacrimoso, que para no ser menos que su antecesores, ya se subleva contra los fallos de la justicia federal, y manda callar a los contadores de la nación que le observan los robos que él consiente en acuerdos de ministros, para pagar ingentisimas sumas que se dicen invertidas en lo que llama la última rebelión.

Alem ha triunfado sobre esta época luctuosa, porque los principios de la Unión Cívica Radical que él representa se han hecho carne en el corazón de los argentinos y palpitan generosamente, así en los soberbios llanos del litoral, como en los fértiles valles del norte y en las montañas andinas.

Ello es el eco de un torrente que llega simpático a todas partes, a través de los estrépitos estupendos de las armas fratricidas que el desgobierno militante esgrime para ahogarlo.

Es, por decirlo así, la gran voz de la patria que, así como en la guerra se escucha por la boca de los cañones, en la hora solemne de la regeneración resuena en todos los puntos donde se mueve un hombre honrado para acla-

marla; una madre que piensa en el porvenir de sus hijos; un niño que ve los hogares desolados y perseguidos; un anciano que recuerda la gloria que el pueblo argentino conquistó entre los fragores de la revolución para ser independiente y ser libre, y la compara con la época que han marcado los gobernantes mencionados, reaccionando con las armas de la nación para negarle sus derechos a ese mismo pueblo argentino.

Alem llena, pues, con su nombre esta página de la historia de la política argentina.

Como tal, es una fuerza que representa la *resistencia* noble, indispensable del derecho cívico, contra la *reacción* siniestra del poder empeñado en avasallarlo. Es una fuerza política.

Mañana, cuando el tiempo recomponga con despojos una nueva época, cuando nosotros, los soldados de la idea cívica, hayamos desaparecido, y otros más felices gocen de los beneficios que propicia la libertad que se trabaja día por día, Alem será siempre un símbolo viviente de las generosas aspiraciones de la patria.

Así como Sarmiento, con ser que subleva tempestades desde su tumba ornada de las flores con que los niños le aseguran la remota posteridad, es el símbolo viviente del progreso moral y material en los últimos cincuenta años de la República Argentina, Alem será el símbolo del derecho cívico que resiste a las represiones de los que ponen mano impía sobre la Constitución que lo consagra en favor del último.

Representábase en Atenas *Los siete contra Tebas,* y en el momento aquel en que se dice: "Quiere no sólo ser justo

sino aparecer que lo es'', todos los espectadores se volvieron y vitorearon a un ciudadano. Este ciudadano era Arístides, el que había vivido y vivía en la pobreza después de haber guardado para la patria los tesoros que ganó en Maratón.

Ese mismo consenso público hay respecto de Alem en la República Argentina. El pueblo aclama la virtud en ese hombre, que en un cuarto de siglo no ha pensado un momento en sí mismo, porque ha vivido pensando en la patria.

Triunfar con la virtud es hacer república en el futuro. A eso vamos felizmente...



PERFIL



PERFIL

POR

F. A. BARROETAVEÑA

¿Quién es el Dr. Leandro N. Alem, presidente del Comité Nacional desde hace cuatro años?

Ciertas personalidades, que sobresalen del común de los hombres, gozan el privilegio de importancia notoria, en su pueblo y en su época, al extremo que no necesitan presentación, pues todo el mundo confiesa su celebridad. Tal acontece con el presidente del radicalismo en los pueblos del Plata; y si no fuera por hacer resaltar al abanderado de mi partido en este estudio político, me bastaría decir su nombre, para que todos conocieran en él la condensación de las excelentes virtudes que lo adornan.

¿Quién es Alem? No lo va a decir su amigo y admirador de trato diario desde hace más de cinco años. Va a perfilar su austera personalidad moral, un adversario político, un publicista profundo, un sociólogo y un ilustrado jurisconsulto argentino cuya muerte prematura enlutó al Buenos Aires intelectual. El Dr. Francisco Ra-

mos Mejía, en la introducción al libro sobre la Unión Cívica, trazó estas justicieras palabras:

"El doctor Alem es todo un carácter, y para mí creo haberlo dicho todo. Su barba que blanquea ya, no está manchada por ninguna claudicación, ni obscurecida por ningún desfallecimiento; su alma viril se ha templado en la desgracia y en el ostracismo voluntariamente impuesto por la virilidad de su carácter, por la honesta rectitud de sus principios. Por esto cuando fué necesario buscar un hombre para ponerlo al frente de la Unión Cívica, Alem se dijo, y no hubo discrepancia".

¿Quién es Alem? Podríamos contestar imitando a Danton en un diálogo célebre embellecido por la novela: id a preguntarlo a las batallas del Paraguay; id a preguntarlo a las aulas del Derecho y al foro; id a preguntarlo a la tribuna parlamentaria, y a las luchas del civismo; id a preguntarlo a la historia contemporánea del movimiento regenerador argentino y os contestarán la fama, el talento, la virtud, la oratoria y el carácter, que Alem, es uno de los más preclaros repúblicos del Plata.

La juventud de mi patria fué la iniciadora de la jornada reaccionaria; y al proponer a los prohombres opositores la fórmula de la organización cívica, indicó la personalidad del doctor Alem para la presidencia del Comité Nacional. Fué aceptada sin discrepancia, recordando que el general Mitre dijo que el doctor Alem por su carácter, por su valor, por sus condiciones morales y por venir propuesto por la juventud, era el indicado para presidir el movimiento.

Desde que aceptó un puesto erizado de peligros, des-

encantos y dificultades, se entregó de lleno, íntegramente, a la campaña regeneradora. Como el monje que al tomar religión en una orden inflexible, solo piensa en Dios, olvida y abandona sus intereses y sus vinculaciones mundanas, así Alem cerró su estudio cuando se recibió de la presidencia de la Unión Cívica, no tuvo vida más que para la patria y sus modestas necesidades fueron llenadas por pequeñas economías y por el pago deficiente de honorarios atrasados. La patria, su salvación, el honor nacional, la libertad y la justicia, he ahí sus vinculaciones y el objeto único de sus anhelos. Abrazó con el alma y corazón la noble causa; y en cinco años de lucha sin cuartel contra la opresión, en cinco años de esfuerzos inauditos, peligros y desencantos, alumbrados por esperanzas lejanas, Alem no ha tenido más reposo que las dos prisiones ilegales ordenadas por Pellegrini en la ''Argentina'', y por Sáenz Peña en el Rosario: ¡Estas han sido sus vacaciones! Y allá va, sereno y altivo, con la faz iluminada como un profeta, seguro de la victoria inevitable del radicalismo, porque es la causa de la civilización argentina, despreciando con magestuoso desdén las persecuciones de la arbitrariedad.

¿Quién sino este hombre de acero, habría podido resistir una vida tan agitada, laboriosa e ingrata? Alem no tiene horas de comer ni de dormir; en ocasiones se alimenta una vez al día, otras ninguna; duerme algunas horas de la mañana, después que sale el sol, pues hasta esa hora despacha la política, celebra conferencias, escribe a las provincias, medita sobre los mil incidentes de la gran campaña, dificultades por la pobreza crónica del

tesoro radical; y a medio día recomienza la labor ímproba para repetirse *jour a jour.*

Las jiras parroquiales y por las catorce provincias, exigen un centenar de discursos patrióticos, vibrantes de indignación contra el funesto sistema que nos degrada, contenidos y cultos para juzgar a los hombres; con elocuencia tribunicia digna de Cayo Graco para reanimar una democracia enervada por la tiranía y la abstención con acentos viriles para fulminar el crimen y evocar con unción nuestros próceres y nuestros grandes días, entre destellos de patriotismo arrebatador. ¡Cuántas veces, medio anémico, ha sentido vértigos y se ha propuesto apenas saludar las asambleas con palabras familiares que no le excitaran su organismo fatigado! Pero empieza su discurso sencillo; un aplauso lo conmueve y hace brotar de aquel temperamento esencialmente oratorio, una idea luminosa. Entonces se irradia su faz y su mirada se vuelve fulgurante; con ese estallido ha electrizado al auditorio; y ya la improvisación lo gobierna y arrebata cerca de media hora. Al fin, una sonrisa melancólica lo vuelve a la vida real, y termina en medio de una ovación. En la lucha cívica, Alem ha tenido la resistencia y la fortaleza incomparables de Carlos XII para la guerra.

El paso del doctor Alem por los parlamentos, ha sido como todas las manifestaciones de su vida pública, brillante y fecundo. Allí también ha sido jefe de grupo que alguna vez llegó a ser mayoría. El poeta sentimental e inspirado, el tribuno ardiente, el oficial impetuoso del Paraguay, el hábil secretario de Legación en Río Janei-

ro y Paraguay, el bravo luchador político, en los parlamentos se reveló hombre público de vistas profundas, y legislador ilustrado. Muchas han sido sus iniciativas saludables en las cámaras, y varios los discursos fundamentales que se consultan con provecho. Sus grandes arengas versaron sobre la capitalización de Buenos Aires, sobre instrucción universitaria, sobre la revolución de Julio, sobre intervenciones, y varios asuntos administrativos importantes.

En el Congreso Nacional, durante el gobierno de Avellaneda, mantuvo más de una vez a raya al doctor Adolfo Alsina, ministro de la Guerra, interpelándole sobre el ejército, la administración militar y las fronteras. Al principio de este gobierno cuando la revolución mitrista de 1874, fué el brazo derecho del ministro Alsina, yendo al buque almirante de la escuadra como secretario de marina, acompañado de *quince ayudantes,* y así impidió que se sublevaran los demás buques, y logró someter a los revolucionarios. Pero después combatió decididamente la conciliación de 1877 y entonces su acción parlamentaria fué más eficiente, advirtiendo que, a pesar de la amistad política que le vinculaba a los hombres del gobierno, encabezó un núcleo parlamentario de control eficaz al P. Ejecutivo.

Para muchos el Dr. Alem es solamente un hombre de acción, destinado a figurar en el combate, creyéndole desprovisto de la ilustración y de la prudencia necesarias para abordar con acierto los grandes problemas sociales, de administración y de política, cuya solución corresponde al estadista. Los que así piensan padecen un gran

error, el Dr. Alem es un hombre de biblioteca, de extensos y profundos estudios sobre historia, literatura y jurisprudencia, economía política, filosofía y sociología, profesando en todas estas ciencias que iluminan al hombre de estado, las ideas más avanzadas, progresistas y liberales. El diario de sesiones del Congreso Nacional y de la legislatura de Buenos Aires comprueban la amplia preparación del Dr. Alem, en todos los múltiples debates en que intervino.

Accidentalmente ha colaborado en la prensa con excelentes e inspirados artículos, sobre cuestiones internacionales cuando se temían serias complicaciones, y sobre política interior defendiendo los principios institucionales y las buenas causas. Es partidario decidido de la abolición de la pena de muerte; defensor enérgico y perseverante de nuestro sistema federativo, con la amplia descentralización de Estados Unidos y de Suiza consagrada por la Constitución; quiere que el ejército responda a los altos fines de su institución, prestando exclusivamente servicios nacionales en las fronteras, en los fuertes de guerra o en los territorios federales, sin ninguna intromisión en la política interior de las provincias, y para los casos en que gobernantes infieles a su deber, corrompan u opriman al pueblo, sostiene que el ejército no debe ser guardia de genízaros, sino la fuerza armada de una democracia libre; en materia política combate decididamente toda intromisión gubernativa en cuestiones electorales, y deja el ejercicio de las libertades públicas exclusivamente garantido al pueblo y a los partidos que deben conservar su individualidad orgánica y principista, re-

chazando pactos y acuerdos inmorales, que trae éxitos sensuales, concluyen por disolverlos allanando el camino al autoritarismo; en economía es partidario de un proteccionismo moderado y transitorio, que no lesione las libertades constitucionales y hasta que las industrias viables del país adquieran completo desarrollo para poder resistir el intercambio universal. Su integridad moral y su espíritu caballeresco, se han convertido más de una vez en árbitro de pleitos valiosos y de asuntos de honor, mereciendo siempre el respeto a la consideración de las partes.

El Dr. Alem es un hombre de pasiones fuertes, gobernadas por la educación, por una moral severa, y por principios tan puros como rígidos. ¡Cuánta estupidez ha bordado a este respecto la simpleza o la maldad de ciertas gentes excitadas por insinuaciones pérfidas o por calumnias torpes! No conozco hombre de su temperamento nervioso, más culto y medido en el hablar; ni creo que haya otro que encauce y gobierne con más energía sus pasiones impetuosas, que las haga, servir a causas más nobles, que tenga un corazón más generoso y una alma más inclinada al bien y a la humanidad. De él podría decirse como de Adolfo Alsina: "¡Cuántas veces he visto caer el lodo sobre su frente pura, sin mancha!" Sobre la tumba de Alsina, Avellaneda pronunció estas palabras, que son en Alem una ley moral para su vida. "Ser grande no es tener fuertes y poderosas pasiones, sino sobreponerse a ellas y dirigirlas por la senda del bien". Con esta energía para gobernar las pasiones, lejos de ser un defecto, constituyen un atributo de altísi-

ma importancia, una cualidad primordial de los conductores de pueblos.

El prestigio del Dr. Alem en la República Argentina, es inmenso. Las multitudes baten palmas a su paso; las clases dirigentes del radicalismo se inclinan ante sus virtudes y ante su autoridad moral, y hasta los mismos adversarios le respetan, aunque le teman o le odien. Recorrió todas las provincias; y su jira política fué una serie de ovaciones al gran patricio, y un testimonio elocuente de adhesión a la causa radical. En Buenos Aires ha sido aclamado con entusiasmo frenético por las asambleas más populares.

Lejos de sufrir tan merecido prestigio con los tratamientos vejatorios de su última prisión en el Rosario, donde le aplicaron más de una vez las reglas carcelarias para ladrones y asesinos, (¡oh tempora!) ni con la expulsión del Senado en obsequio a la restauración del viejo régimen, las provincias y la capital han seguido firmes y entusiastas en las simpatías al doctor Alem. El 1º de año de 1894 recibió *ocho mil* cartas y *mil quinientos* telegramas de felicitaciones efusivas, no obstante la deportación de treinta y cuatro vecinos respetables de Salta, que le protestaron amistad y consecuencia cuando recién fué arrestado: la capital de la República le hizo ovaciones de vencedor cuando volvió de tan injusta prisión, después de haberse elegido por tercera vez senador nacional; las provincias le renovaron sus protestas de cariño y fidelidad; y últimamente Buenos Aires le ha elegido su representante en la C. de D. de la Nación venciendo en comicios libres el acuerdismo dirigido por sus

primeros hombres. Lo que ha ocurrido con la última prisión, después de haberle elegido por tercera ver senador y para el gobierno; el carácter templado en lucha varonil y abnegada por las libertades públicas, sale ileso y más prestigioso de las cárceles y de las innobles persecuciones. El contraste que ofrecía un gobierno constantemente amparado en el estado de sitio y guarnecido por divisiones de guerra, y el jefe del radicalismo sumido en su calabozo, incomunicado, bajo espionaje humillante, sin admitírsele luz desde las diez de la noche, ni el indispensable servicio, pero estimulado por el amor de todo un pueblo, es por demás elocuente, y el fallo de la opinión nacional se ha pronunciado ya. Los soberbios perseguidores han ido para siempre al cuartel de inválidos, y la víctima de los abusos del poder resplandece en toda su popularidad y pasa erguido a la tribuna parlamentaria.

Alem es el jefe del Partido Radical, y acentúo a designio, esta palabra *jefe*. No es un simple presidente del Comité Nacional; es más que eso; es elegido en un momento supremo para dirigir la salvación de la patria; es el argentino de mayor prestigio popular, es un carácter con temple de acero, una virtud incorruptible, un varón fuerte, de esos que aparecen de tarde en tarde a los pueblos decadentes, para imprimirles el sello de su genio y sacarles de la postración. A hombres de tal valía no se les llama presidentes de comités, sino jefes, lo que no importa ensayo de unicato, por que cada uno es autónomo en su esfera y en su función, sino reconocer y aprovechar esas cualidades excepcionales que levantan una personalidad sobre el nivel de los hombres.

No obstante su carácter, las altas aptitudes y el gran prestigio que tiene con toda justicia, el Dr. Alem jamás toma por sí solo una medida trascendental. Somete al Comité, a la Junta de Gobierno, consulta al Dr. Irigoyen, y en fin, a todas las personas que puedan ilustrarlo o hacerle indicaciones saludables. Es el hombre más modesto del mundo para admitir la luz de donde venga, y rectificar sus opiniones equivocadas. Los que no lo conocen íntimamente lo encuentran hosco, arbitrario y vehemente; pero tratándolo a fondo se encuentra en él, al lado de la impetuosidad del león cuando hay motivo para sublevarse, un corazón de un niño, sano y bondadoso, noble y altivo a la vez. Este es Alem por dentro.

Se comprenderá que a un político de la talla del doctor Alem no se le reemplaza así no más; y que toda ambición que no se escude con un presente y con un pasado como los del Dr. Alem, tendrá que aguardar su turno histórico, y hacer la venia con respeto al *presidente de los corazones argentinos,* como le llamó el Dr. Pedro C. Molina.

El Dr. Alem es el jefe del radicalismo, o su abanderado como él se llama modestamente, pero no es el partido, es decir, su voluntad no gobierna al partido sino que éste se rige por sus convenciones y por sus directorios, quienes armonizan ideas con el jefe de partido. ¡Pero cuidado con una desinteligencia profunda de éste y con una debilidad que importe claudicación del programa adoptado por la mayoría! Entonces el prestigio más sólido se derrumba en una semana. La grandeza de la reacción cívica está en ser impersonal, y en volver el partido la espalda al jefe o al candidato, cuando éstos



Monumento a Alem en la ciudad de Buenos Aires.

violen el programa o se unan al enemigo. Y él mismo lo ha dicho en público: así como la política del acuerdo ha liquidado el prestigio nacional de Mitre, una defección semejante de Irigoyen o de Alem, concluirán con su influencia en veinticuatro horas.

Tal es el hombre que lleva a su frente el partido Radical en la ruda campaña de regenerar al país, en la gran obra de sacarlo del sensualismo enervante a que lo condujeron el olvido de sus deberes cívicos, los extravíos de una política disolvente, y los halagos rementidos de una administración mañosa y autoritaria. Todo se había sacrificado en obsequio a la paz y al engrandecimiento industrial; el orden y el enriquecimiento, fueron el lema de una década funesta; y a término, en medio de una formidable crisis, el pueblo se encontró sin hacienda, sin espíritu cívico, sin libertades, con escombros bancarios, sin provincias autonómicas, endeudado por varias generaciones, e irguiéndose con insolencia en este cuadro sombrío, el unicato presidencial, los frontones, los hipódromos, el panal, la cadena, el edén, el juego corruptor en todas sus formas repugnantes. Volver la nación a la vida patricia de sus grandes días, infundir en un pueblo decadente el espíritu de la República y de las instituciones libres, alcanzar la rehabilitación constitucional del país, hacerlo grande y fuerte en el interior para que sea respetado en el extranjero: he ahí los altos objetivos de la Unión Radical, en el momento histórico de su organización. Y... triunfará, pues por ahí van los destinos de nuestro pueblo. *Qui dura vincit.* Alem lo ha dicho.



DISCURSOS POLITICOS

DISCURSO EN EL MITIN ORGANIZADO POR LA JUVENTUD, EN EL JARDIN FLORIDA, EL 1º DE SETIEMBRE DE 1889

Conciudadanos:

Quiero, ante todo, saludaros con el mayor entusiasmo, y luego, de inmediato, pedir a esta altiva y generosa juventud que me perdone por el juicio que de ella me había formado, pues confieso que no hace muchos meses, y en una carta que dirigía a un antiguo y valeroso compañero de las luchas cívicas y actualmente en Europa, le expresaba la profunda decepción que me inspiraba la actitud de la juventud tratándose de la cosa pública. —Ya no hay jóvenes en la república — le decía; — los ideales generosos, las iniciativas patrióticas no cuentan con su apoyo ni con su entusiasmo; los que se titulan jóvenes no lo son sino en la edad, porque cuando se les habla de la patria, de los sacrificios patrióticos o del cumplimiento de los derechos cívicos, reciben esas palabras con un solemne desprecio, considerando que tales asuntos sólo pueden preocupar la mente de los ilusos, de los líricos, cuando no dicen de los tontos; y agregan que en nuestros días la política ha cambiado de giro y que hay que ser más prácticos, adoptando otra política basada en el positivis-

mo, y titulándose, los que de tal manera piensan y proceden, hombres prácticos, grandes políticos, sabios y de talento... Fué, señores, en presencia de estos hechos que mi espíritu entrevió los grandes males que surgían del falseamiento de las instituciones, y que yo creía que la juventud miraba indiferente y por eso me expresaba en palabras tan amargas con respecto a la situación política del país.

Pero ahora, y en presencia de este movimiento reaccionario iniciado por la juventud, he comprendido mi error, y al comprenderlo me complazco en exhortar a esta misma juventud valiente y decidida, a continuar con orgullo la senda que señalaron con su sangre y con su ejemplo todos nuestros gloriosos antepasados!

¡Ah! señores. Nada satisface más íntimamente y retempla mejor el espíritu, que recordar con acentuada veneración los esfuerzos desinteresados y patrióticos de aquella juventud, que abandonando la cuna de sus más caras afecciones, cortando algunos el curso de sus carreras universitarias, y despreciando todos sus intereses personales, corría, llena de bríos y de santo patriotismo, a formar en las filas del ejército, que se coronaba de gloria en las batallas libradas por la libertad y el honor nacional!

Yo nunca olvidaré la noble y altiva conducta de la juventud argentina, cuando corrió presurosa hasta los campos sangrientos del Paraguay; y allí, entre los fulgores rojizos del combate exterminador, cada joven luchaba heroicamente y moría con sonrisa plácida, saludan-

do con su última mirada las fajas gloriosas de nuestra bandera!

Y bien, señores; al terminar, os confieso que mi corazón se llena de alegría en presencia de este movimiento varonil, noble y levantado de la juventud, que así demuestra que posee la más grande cualidad del hombre: el carácter.

Conservadlo siempre puro, moral y justiciero; no desfallescais en esta grande obra que iniciais llena de fe y de entusiasmo, y si alguna vez necesitáis la ayuda de un hombre joven de largas barbas, pronunciad mi nombre, y correré presuroso a ocupar mi puesto con el ardor, la fe y la esperanza de los primeros años!

DISCURSO EN EL MITIN DE LA UNION CIVICA, REALIZADO EL 13 DE ABRIL DE 1890, EN EL FRONTON BUENOS AIRES

Señores:

Se me ha nombrado presidente de la Unión Cívica, y podéis estar seguros que no he de omitir ni fatigas, ni esfuerzos, ni sacrificios, ni responsabilidades de ningún género para responder a la patriótica misión que se me ha confiado.

La misma emoción que me embarga ante el espectácu-

lo consolador para el patriotismo de esta imponente asamblea, no me va a permitir, como deseaba y como debía hacerlo, pronunciar un discurso. Así, pues, apenas voy a decir unas pocas palabras, pero palabras que son votos íntimos, profundos, salidos, señores, de un corazón entusiasta, y dictadas por una conciencia sana, libre y serena.

Una vibración profunda conmueve todas mis fibras patrióticas al contemplar la resurrección del espíritu cívico en la heroica ciudad de Buenos Aires.

Sí, señores; una felicitación al pueblo de las nobles tradiciones, que ha cumplido en hora tan infausta sus sagrados deberes. No es solamente el ejercicio de un derecho, no es solamente el cumplimiento de un deber cívico; es algo más, es la imperiosa exigencia de nuestra dignidad ultrajada, de nuestra personalidad abatida; es algo más todavía, señores: es el grito de ultratumba, es la voz airada de nuestros beneméritos mayores que nos piden cuenta del sagrado testamento cuyo cumplimiento nos encomendaron!

La vida política de un pueblo marca la condición en que se encuentra; marca su nivel moral, marca el temple y la energía de su carácter. El pueblo donde no hay vida política, es un pueblo corrompido y en decadencia, o es víctima de una brutal opresión. La vida política forma esas grandes agrupaciones, que llámeseles como ésta, populares, o llámeseles partidos políticos, son las que desenvuelven la personalidad del ciudadano, le dan conciencia de su derecho y el sentimiento de la solidaridad en los destinos comunes.

Los grandes pueblos, Inglaterra, los Estados Unidos, Francia, son grandes por estas luchas activas, por este roce de opiniones, por este disentimiento perpetuo, que es la ley de la democracia. Son esas luchas, esas nobles rivalidades de los partidos, las que engendran las buenas instituciones, las depuran en la discusión, las mejoran con reformas saludables y las vigorizan con entusiasmos generosos que nacen al calor de las fuerzas viriles de un pueblo.

Pero la vida política no puede hacerse sino donde hay libertad y donde impera una constitución. ¿Y podemos comparar nuestra situación desgraciada, con la de los pueblos que acabo de citar; situación gravísima no sólo por los males internos, sino por aquellos que pudieran afectar el honor nacional cuya fibra se debilita. Yo preguntaría: ¿en una emergencia delicada qué podría hacer un pueblo enervado, abatido, sin el dominio de sus destinos y entregado a gobernantes tan pequeños?

Cuando el ciudadano participa de las impresiones de la vida política se identifica con la patria, la ama profundamente, se glorifica con su gloria, llora con sus desastres y se siente obligado a defenderla porque en ella cifra las más nobles aspiraciones. ¿Pero se entiende entre nosotros así, desde algún tiempo a esta parte?

Ya habéis visto los duros epítetos que los órganos del gobierno han arrojado sobre esta manifestación. Se ríen de los derechos políticos, de las elevadas doctrinas, de los grandes ideales, befan a los líricos, a los retardatarios que vienen con sus disidencias de opinión a entorpecer el progreso del país... ¡Bárbaros! Como si en los rayos de la

luz... como si en los rayos de la luz, decía, pudieran venir envueltas la esterilidad y la muerte!

¿Y qué política es la que hacen ellos? El gobierno no hace otra cosa que echar la culpa a la oposición de lo malo que sucede en el país. ¿Y qué hacen estos sabios economistas? Muy sabios en la economía privada, para enriquecerse ellos; en cuanto a las finanzas públicas, ya véis la desastrosa situación a que nos han traído.

Es inútil, como decía en otra ocasión: no nos salvaremos con proyectos, ni con cambios de ministros; y expresándose en una frase vulgar: "esto no tiene vuelta!".

No hay, no puede haber buenas finanzas, donde no hay buena política. Buena política quiere decir, respeto a los derechos; buena política quiere decir, aplicación recta y correcta de las rentas públicas; buena política quiere decir, protección a las industrias útiles y no especulación aventurera para que ganen los parásitos del poder; buena política quiere decir, exclusión de favoritos y de emisiones clandestinas!

Pero para hacer esta buena política se necesita grandes móviles, se necesita fe, honradez, nobles ideales; se necesita, en una palabra, patriotismo... Pero con patriotismo se puede salir con la frente altiva, con la estimación de los conciudadanos, con la conciencia pura, limpia y tranquila, pero también con los *bolsillos livianos*. Y con patriotismo no se puede tener troncos rusos a pares, palcos en todos los teatros y frontones, no se puede andar en continuos festines y banquetes, no se puede regalar diademas de brillantes a las damas, en cuyos senos

fementidos gastan la vida y las fuerzas que debieran utilizar en bien de la patria o de la propia familia!

Señores: Voy a concluir, porque me siento agitado. Esta asamblea es una verdadera resurrección del espíritu público. Tenemos que afrontar la lucha con fe, con decisión. Era una vergüenza, un oprobio lo que pasaba entre nosotros; todas nuestras glorias estaban eclipsadas; nuestras nobles tradiciones, olvidadas; nuestro culto, bastardeado; nuestro templo empezaba a desplomarse, y, señores, ya parecía que íbamos resignados a inclinar la cerviz al yugo infame y ruinoso; apenas si algunos nos sonrojábamos de tanto oprobio. Hoy, ya todo cambia; este es un augurio de que vamos a reconquistar nuestras libertades, y vamos a ser dignos hijos de los que fundaron las Provincias Unidas del Río de la Plata!

DISCURSO EN LA MANIFESTACION REALIZADA EN SU HONOR, EL 12 DE AGOSTO DE 1890

Conciudadanos:

Me creo relevado de analizar la justicia y la legitimidad de la revolución como recurso superior de las sociedades, cuando atraviesan por la situación a que habían llevado a la nuestra sus malos mandatarios.

Al ser colocado al frente de este movimiento de reacción, con la visión clara de mi responsabilidad y mi deber, comprendí que la hora de realizar ese recurso supremo había llegado, para despejar las sombras, que de día en día y en acción vertiginosa se extendían sobre el horizonte límpido y hermoso de la patria!

La revolución, señores, era inevitable desde que todos los resortes constitucionales, todos los medios de reparación, que constituyen los derechos y las libertades del pueblo, habían sido aniquilados y desconocidos por sus gobernantes.

Habiendo consultado a toda la república en sus hombres más puros y pensadores, al mismo tiempo que al ejército y a la armada en sus miembros más distinguidos y caracterizados, adquirí el convencimiento de que la convicción serena de su frente era la expresión, la reclamación del sentimiento argentino cuya sanción y confirmación es notoria en todas sus manifestaciones.

Desde entonces, señores, me consagré por completo a la realización de este mandato, que en eco vibrante ha llegado de momento en momento de todos los ámbitos de la república! Y con toda modestia, pero en cumplimiento de mi deber, presento a la consideración pública — para que forme juicio sobre si he sabido interpretar o estar a la altura de tan importante misión — los amplios y honorables elementos que organicé en prosecución de esta reclamación de la patria, con todo el tino y prudencia que la situación requería en medio del más vivo espionaje y seguido en todos los momentos.

Y si la revolución, señores, no tuvo éxito en el com-

bate, por circunstancias complejas, debo también confesar ingenuamente, que mucho influyó su propia exagerada gentileza, y me es simpático confundirme en esa responsabilidad.

La revolución debió estallar en casi la totalidad de la república; pero halagado por la idea de que triunfara sin la más mínima efusión de sangre, si fuera posible, habíamos preferido que solo aquí tuviera lugar, creyendo que la situación que alcanzara determinaría la suerte de toda la república.

Yo, señores, me congratulo íntimamente de haber contribuído a que el pueblo argentino se halla levantado unísono con la energía y vitalidad de su carácter a protestar, como corresponde, de sus oprobiosos mandatarios, quedando de hoy en más de pie, firme y sereno con la conciencia de su deber, porque a mi juicio, es este el verdadero y fundamental triunfo de la revolución!

Sí, señores; lo único que nubla mi espíritu es el recuerdo de los que han caído víctimas de tan sagrado deber y para los que pido la gratitud argentina, aunque comprendiendo que algún sacrificio era indispensable para reparar tan deplorable situación.

La revolución iba a estallar otra vez, iniciándose en seguida, mucho más grandiosa que lo que acababa de ser; pero la resolución del Presidente la ha desarmado legítimamente, desde que ella no tenía otro objeto que apartar las obstrucciones que se le hacían al pueblo en el ejercicio de todos sus derechos. Y es necesario no olvidar que la parte principal de la acción le corresponde al pueblo; como es necesario no olvidar tampoco,

que los hombres de bien deben unirse; que la opinión pública debe vigorizarse por la cohesión para hacer prevalecer la voluntad nacional en las emergencias futuras de la vida política, ya que la obra emprendida por la Unión Cívica debe ser continuada con la misma actividad y energía del presente, porque el rayo de luz espiritual que el Creador ha impreso sobre nuestra frente como Nación, nos impone sagrados y altos deberes en el concierto humano, siendo ésta nuestra tradición gloriosa; y si nuestros padres han concurrido con sus esfuerzos a la conquista del derecho y de la libertad en una gran parte del continente Sud Americano, nosotros tenemos el deber de enseñar y difundir ese derecho, conservando siempre celosos el sentimiento de esa libertad en todas sus manifestaciones, perfeccionándonos de día en día, constituyendo una moral propia en todas las esferas de la vida, que sirva de enseñanza y de fuente inspiradora para todos los pueblos, porque nuestra vida política debe ser un certamen de honor y de competencia, y cuando nos hayamos organizado bajo estos severos preceptos morales, y hayamos tomado el puesto que nos está señalado en la marcha del mundo, recién entonces podremos experimentar la dulce y retempladora melancolía que produce la conciencia del deber cumplido en su más alto concepto!

He dicho.

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL MITIN DEL ROSARIO, EL 24 DE AGOSTO DE 1890

Conciudadanos:

Bien venidos seais a ocupar el puesto que vuestro deber os señala; bien venidos seais a tomar participación en esta verdadera revolución política y social.

Este país había llegado al extremo de ver comprometido el honor nacional. No existía más que la dignidad ultrajada, la libertad perdida, la dilapidación entronizada, la esclavitud constituída, y las voces de ultratumba de nuestros mayores nos pedían estrecha cuenta de nuestro silencio, de nuestra conducta, de nuestra debilidad, de sus sufrimientos ante el escarnio y la befa y el absolutismo de los poderes públicos.

Hubo un sacudimiento general; despertó la opinión, y el pueblo se ha dispuesto a romper las cadenas que le oprimían: por eso vemos ese estallido de entusiasmo, esa explosión de sentimientos que a todos nos unen en la llama vivificadora del patriotismo.

¡Desgraciados los pueblos que se hallan animados por el sensualismo! ¡Desgraciados los pueblos que no tienen ideales!

Por no tener ideales cayó la antigua Roma con toda su corte de bajezas y de inmoralidades; por no tener ideales cayó el Perú en la postración más abyecta; por no tener ideales Francia fué esclava de los reyes y pas-

to de los palaciegos; por no tener ideales la República Argentina ha sufrido la ignominiosa presidencia de Juárez!

Porque en momentos de angustia olvidamos estos sagrados ideales, porque hicimos de nuestras comodidades materiales, concentración de nuestros sentidos y aspiración única de nuestros espíritus, nos hemos visto vejados, ultrajados y deshonrados en nuestras afecciones más caras, sin que a duras penas asomase el sonrojo en nuestras mejillas y palpitaran de vergüenza nuestros corazones.

Al fin miramos a nuestro rededor, consultamos nuestras conciencias, levantamos nuestras frentes, sacudimos nuestro letargo, nos inspiramos en nuestras convicciones, dirigimos los ojos hacia la bandera de la patria, y el pueblo ha recuperado su dignidad y se halla dispuesto a sostenerla, aleccionado por el pasado.

En esta regeneración política y social, el ejército ha hecho causa común con el pueblo.

El ejército está constituído para defender las leyes y las instituciones, no para servir de pedestal a las tiranías; y por eso el ejército, que es argentino, y por lo tanto patriota, al ser hollados los fundamentos de la nacionalidad, al contemplar menospreciadas las libertades y suspendidas todas las garantías, al ver mancillado cuanto más noble y más digno y más santo conservan los códigos del país, al vislumbrar la ruina moral y económica de la República, precipitada por un hombre y una camarilla dueña y señora de vidas y haciendas, se levantó en cumplimiento de su deber y fué a la lucha a pelear

y a morir por la causa del pueblo, que eran su causa: por la ley y por la libertad!

Nos hallamos en los principios de la senda colocada frente a nuestros ojos, y es necesario recorrerla hasta el fin, en todas sus escabrosidades, a costa de todos los sacrificios, como corresponde a nuestra historia y a nuestros antecedentes nunca desmentidos ni manchados.

Dejad esa tendencia de esperarlo todo de los gobernantes y grabad en vuestra conciencia la convicción de que este proceder rebaja el nivel moral de los pueblos.

Cuando un hombre está en el poder, necesita el consejo, el apoyo, el cariño y el aliento de sus gobernados, que han de ser sus amigos, no sus vasallos; pero si ese hombre se olvida que se debe al pueblo y no respeta derechos ni constituciones, el pueblo tiene la obligación de recordarle los deberes de la altura, e imponerle su soberanía, si no por la razón, por la fuerza!

EPISTOLARIO CIVICO

COMUNICACION AL COMITE DE MENDOZA

Buenos Aires, Agosto 12 de 1890.

Al señor Presidente del Club Unión Cívica de Mendoza,
Doctor Agustín Alvarez.

Estimado compatriota:

He tenido la satisfacción de conversar con el señor José Salas, delegado de ese comité, sobre la cuestión política en general y particularmente sobre Mendoza y las demás provincias, y a su pedido voy a condensar en esta nota mis ideas, apuntando al mismo tiempo los procedimientos que en mi opinión deben ponerse en práctica para alcanzar este bello propósito: la organización cívica del pueblo para ejercitar todos los derechos que nos acuerda la Constitución, con entera independencia de las autoridades establecidas.

Nuestro país pasa en estos momentos por una prueba difícil, de la cual puede salir triunfante aplastando para siempre la opresión brutal y practicando desde luego el gobierno propio y descentralizado, que nuestra carta fundamental establece, o si los desfallecimientos anteriores continuasen, seguir vegetando bajo el yugo afrentoso del

poder personal que imponía el gobierno caído, ejercitado por cualquier otra personalidad.

El momento de expectativa y esperanza ha llegado, después de una sacudida terrible de nuestra capital, organizada por la Unión Cívica, que cansada de sufrir mentiras, claudicaciones y rapacidades, estalló airada el 26 de Julio, en consorcio con gran parte del ejército y la armada, poniendo a un dedo del abismo el gobierno impopular que existía. La fuerza de la revolución fué tan poderosa, que después de una capitulación, cuyas causas son conocidas y que sólo debía ser una breve tregua, el ensoberbecido jefe del unicato cayó estrepitosamente del mando en medio del regocijo general.

Aun cuando se haya derribado un presidente, la máquina opresiva y corruptora del oficialismo ha quedado armada en las provincias, y es la energía del pueblo la que debe desmontarla ahora pieza por pieza.

El pueblo de las provincias debe apresurarse a reconquistar sus derechos políticos y su libertad civil también desconocida, convencido que no tiene más salvaguardia que sus propios esfuerzos.

No tengo la menor duda de que el comité que presido prestará eficaz ayuda a todos en esta obra de redención, que exige la destrucción del inmoral mecanismo, que nos ha hecho retroceder moral y políticamente, un cuarto de siglo.

La renuncia del doctor Juárez ha traído al poder al vicepresidente, que ha prometido honradez administrativa, libertad de sufragio e imperio de la Constitución, compartiendo las tareas del gobierno entre sostenedores

del régimen caído y representantes de la opinión pública.

Recién se ha inaugurado la nueva presidencia y hasta ahora sólo tenemos promesas de reparación, que necesitan ser confirmadas por los hechos. Pero cualquiera que sea la marcha del nuevo gobierno, el pueblo debe entender que su destino depende de sus propios esfuerzos, y que su salvación sólo podrá alcanzarla organizándose rápida y vigorosamente para aconsejar y alentar a los buenos gobernantes, o para obligar a los malos que respeten la ley y se sometan a los fallos de la opinión pública.

El pueblo tiene hoy la conciencia de su poder y de su dignidad, y se apresta con viril energía a impedir que se repitan las vergüenzas del pasado. Ocupa el foro y de allí no será desalojado, ni por la fuerza, porque es dueño de sus derechos, ni por la corrupción bizantina, porque la bandera de la Unión Cívica es la ley y la virtud, la justicia y la moralidad.

Esto que ha conseguido el pueblo de la capital en pocos meses de trabajos políticos, deben también realizarlo las provincias, y ya varios estados comienzan a organizar comités de la Unión Cívica en todos los centros poblados.

La república sabe que el nuevo partido ha inscripto en su bandera de principios la honradez administrativa, la libertad de sufragio, el régimen municipal, la autonomía de las provincias y el castigo del frande electoral y de las malversaciones del tesoro público. Este programa amplísimo, progresista e impregnado de un espíritu esen-

cialmente nacional, lejos de lesionar los derechos e intereses de ninguna provincia, hará la felicidad de todas, puesto que se propone realizar las más adelantadas conquistas del derecho político.

En breve la Junta Ejecutiva de la Unión Cívica sancionará su estatuto imitando el que rige los grandes partidos de Norte América. Allí se reglamentará la mejor forma de reorganización cívica, para garantir la genuina y honrada representación del pueblo en las funciones gubernativas.

Mientras tanto urge que los ciudadanos independientes de todas las provincias, organicen centros políticos que secunden la acción de este comité con la bandera impersonal y regeneradora del nuevo partido que se propone extirpar todos los vicios y los escándalos, haciendo imperar en su lugar la Constitución, la probidad y la justicia.

Es necesario que todos se convenzan de esta verdad: que el pueblo es el único artífice de su destino.

La libertad necesita ser conquistada y conservada por la conducta digna y perseverante del mismo pueblo, y si éste en vez de merecer o exigir con entereza gobiernos libres y honrados, se presta dócilmente a la explotación de círculos menguados o de sus gestiones personales, siempre peligrosas, tendrán el gobierno creado por su inepcia y por su cobardía; es decir, tendrán el gobierno que merezca su propia indignidad.

La aurora de un nuevo día nos alumbra, se ha dicho con entusiasmo en presencia de la nueva situación creada por los últimos acontecimientos; pero también es cier-

to que la aurora no es más que un momento: el despertar del día, correspondiendo al pueblo argentino más que a sus gobernantes, velar porque esa luz de esperanzas continúe iluminando con nítidas claridades el cielo de nuestra patria, e impidiendo enérgicamente que nuevos nubarrones la obscurezcan.

La Unión Cívica entra decidida y activamente a la organización del pueblo bajo su bandera regeneradora en toda la república, y espera que sus esfuerzos no serán estériles porque ha llegado la hora de la reacción suprema, y se trata del bien de todas las provincias, de la nación entera.

Con el propósito de vigorizar hasta donde sea posible la organización de esos centros, puedo desde luego anunciar a usted, que pronto partirán comisiones especiales a todas las provincias.

Quedo con este motivo de Vd. su compatriota y amigo.

L. N. Alem

CARTA A LOS CORRELIGIONARIOS DE SAN JUAN EVANGELISTA, CON MOTIVO DE LA VELADA QUE CELEBRABA ESE CLUB LA NOCHE DEL 15 DE DICIEMBRE DE 1889, EN EL TEATRO IRIS

Estimados compatriotas:

Con gran sentimiento tengo que faltar a la reunión, por el mal estado de mi salud en estos momentos, y pido a ustedes tengan la amabilidad de disculparme.

Desde aquí y complacidamente yo los acompaño. aplaudiendo con toda la efusión de mi alma la digna actitud de ese noble y viril vecindario y el patriótico entusiasmo con que vienen a ocupar su puesto en las filas de los altivos y los independientes.

Es indudable ya que los rayos de un nuevo y bello día iluminarán muy pronto los grandes horizontes de la patria, porque cuando los caracteres empiezan a templarse y se disponen de esta manera a la lucha por el derecho, sin vacilar ante las grandes fatigas y peligros que seguramente se presentarán en la cruzada, puédese, desde luego, anunciar que la idea salvadora, la benéfica reacción iniciada por el elemento joven, ha de conmover, en muy breve andar del tiempo, todos los corazones bien puestos que alienten en el seno de la república.

Y es necesario hablar con toda franqueza. La dolorosa situación por que atraviesa el país no es únicamente el resultado de los desvíos y malos actos de nuestros gober-

nantes; pues entra también por mucha parte en ella, el enervamiento del espíritu público con el olvido de nuestras sagradas tradiciones.

Hay en el poder una tendencia natural a ensancharse y desarrollarse ilimitadamente, y cuando tarda mucho en aparecer esa resistencia enérgica, esa oposición resuelta, abnegada y purísima, destinada a contener los efectos de la política imperante, nociva, y a restablecer el equilibrio que se rompe, la postración completa e ignominiosa es casi inevitable. Pero felizmente, vuelvo a decirlo, asoma para la patria, la aurora de un nuevo y bello día, y entonces, cuando la bandera de nuestras glorias resplandezca bajo los rayos de un sol más puro, los vecinos de esa parroquia podrán decir con verdadera y legítima satisfacción: para esta grande obra, nosotros también hemos derramado el rocío de nuestras almas.

Saludo a todos con verdadero aprecio.

L. N. Alem.

CARTA A LOS CORRELIGIONARIOS DE BALVANERA, EN OCASION DEL FESTIVAL QUE SE VERIFICO EN EL TEATRO DORIA, LA NOCHE DEL 20 DE OCTUBRE DE 1889

Distinguidos compatriotas:

Siento verdadero pesar al comunicarles que, por inconvenientes imprevistos y de último momento, no me es posible asistir a esa reunión; y pido a ustedes y demás conciudadanos iniciadores, quieran tener la bondad de aceptar mis excusas. Desde aquí, sin embargo, yo estoy con ustedes, adhiriéndome calurosamente a los nobles y elevados propósitos que los conducen, y aplaudiendo del mismo modo el bello movimiento de ese vecindario, que con toda abnegación y virilidad, supo siempre sostener sus convicciones en aquellas grandes luchas de la democracia, cuando todos íbamos impulsados por sentimientos y aspiraciones honrosas, buscando solamente la estima de nuestros conciudadanos con la noble emulación de hacer el bien para la patria querida.

Salud, pues, a todos los verdaderos y sinceros patriotas, y creedme que en los momentos arduos de la lucha, si ella se acentúa, he de ocupar sin vacilaciones el puesto que mis correligionarios me señalen. — Salud.

L. N. Alem.

CARTA AL SR. AQUILES R. CASTRO, DE SAN JUAN

Buenos Aires, Junio 6 de 1896.

Señor Aquiles R. Castro.

Mi estimado amigo:

Disculpeme que haya demorado tanto ésta, por que he he estado enfermo en cama cerca de un mes. Recién empiezo a levantarme.

Como Vd. habrá visto, inicié una vigorosa reorganización en el Partido, y bajo buenos auspicios; pero tuvieron que paralizarse los trabajos a causa de mi enfermedad. Creo que en esta semana podré recomenzar la labor emprendida para dar formas definitivas al movimiento. En esta tarea me acompaña el Dr. Bernardo de Irigoyen y muchos otros correligionarios influyentes. El entusiasmo renace, las gentes empiezan a comprender que es necesario, que es indispensable mantener y levantar este Partido, porque es la única luz que se divisa en los sombríos horizontes de la Patria. Yo estoy muy enfermo y es probable que no pueda acompañarles sino durante muy breve tiempo, pero esto no importa, porque el Partido, una vez organizado y *puesto en marcha,* seguirá marchando bajo los auspicios de la opinión pública.

Yo leo todos los diarios de las provincias, y con satisfacción he visto que este nuevo movimiento, este nuevo

empuje — por así decirlo — del Partido popular, ha producido muy buena impresión en todos los correligionarios, que desde luego se aprestan a recomenzar la lucha también con nuevos bríos y energías.

Por todo esto, pues, mi buen amigo, conviene mantener a todo trance la cohesión y la solidaridad entre los nuestros para presentarnos en los grandes momentos, — que se acercan — como una personalidad robusta, vigorosa y capaz de recibir la confianza pública. Transmita a todos los amigos estos datos, estas ideas y estas impresiones, y reciba la expresión sincera del aprecio con que le saluda su siempre afectísimo. — *L. N. Alem.*



Monumento a Alem en el Rosario.

UNA CARTA CONFIDENCIAL

(De "El Amigo del Pueblo", Concordia, 4 de Julio de 1896).

Señor doctor don Miguel F. Rodríguez.

Mi estimado amigo:

Recibí oportunamente su apreciable, pidiéndome algunas informaciones sobre la marcha de nuestro partido, y la causa de mi silencio, según me hace entender, de manera indirecta.

No puedo, mi bueno y estimado amigo, hablarle como deseara, por medio de una carta. Sin embargo, quiero desde luego manifestarle que en breve convocaré al Comité Nacional o promoveré una reunión de los hombres principales de la dirección, para que nos miremos bien de frente, cambiemos ideas sin reservas ni reticencias y concluyamos adoptando las posiciones francas y resueltas que cada uno estime en vista de la situación y de los solemnes compromisos contraídos ante el país y ante la historia.

No debo tampoco ocultarle que mi situación es difícil y que estoy sosteniendo una lucha tremenda. ¿Cuál es la causa preguntará Vd.? La de siempre. Lo que siempre sucede en todos los tiempos y en todos los lugares, por así decirlo, cuando se producen ciertos hechos y promedian ciertas circunstancias en una contienda tan grande como la nuestra y que tantos esfuerzos, sacrificios y *abnegaciones* exige...

Es posible que Vd. me diga que hay obscuridad en ésta; pero como vulgarmente se dice, a buen entendedor pocas palabras bastan.

No obstante yo tengo una fe profunda y creo que la idea nueva, el espíritu poderoso y soberano que impulsa esta evolución histórica en la República, vencerá todos los obstáculos, todas las cobardías y todos los grandes egoísmos. Firme pues, mi amigo, conservando esos grandes ideales. Es de Vds. de los jóvenes de las nuevas generaciones el porvenir no muy remoto. — Siempre afectísimo. — *Leandro N. Alem.*

LA REVOLUCION DEL 90

Juicio de Alem, presidente de la Unión Cívica

Buenos Aires, Agosto de 1890.

Señor Dr. Francisco A. Barroetaveña.

Mi distinguido amigo:

Recibí y acabo de leer la prueba de su exposición sobre el movimiento revolucionario. Sustancialmente contiene las informaciones y datos principales que me pidió y le suministré en las entrevistas que con ese motivo tuvimos.

Hubiera deseado mayor extensión en algunos puntos como los siguientes: el plan concertado, mi insistencia para que la revolución estallara de día por las razones expuestas, porqué no se ejecutó fielmente el plan definitivo cuando llegamos al Parque, y todo aquello que se refiere a la prisión de las personas indicadas, a la falta de municiones y a la misión inmediata de la escuadra, porque casi todo lo que se ha dicho al respecto, o es completamente inexacto o está adulterado y deficiente; siendo hoy una convicción profunda en todos los que concurrieron al Parque, — militares y civiles, — que la causa principal porque la revolución no triunfó, material e inmediatamente, fué el no haberse ejecutado fielmente el plan convenido para apoderarnos de la capital en los pri-

meros momentos, dando tiempo así a que el enemigo reaccionase, se reuniese y nos llevara el ataque quedando la revolución a la defensiva. Pero como ya no es posible ampliar ese trabajo por la premura del tiempo, lo dejo para narraciones ulteriores que probablemente escribiré yo mismo cuando termine mi ardua tarea política y tenga más reposo y tranquilidad de espíritu.

Fueron tan premiosas nuestras conferencias, por la urgencia del tiempo y las ocupaciones que nos rodean, que como Vd. sabe apenas si se ha podido colocar a última hora este breve capítulo en el libro.

Me parece conveniente, sin embargo, o mejor dicho, por lo mismo, hacer algunas observaciones, o si se quiere salvar omisiones de la que no es Vd. culpable.

Propiamente considerada las cosas, la Junta Ejecutiva, no entró en ese carácter al movimiento revolucionario. La mayor parte y los principales de sus miembros, fueron sucesivamente iniciados con otras personas de afuera, coadyuvando de la manera más eficaz en las organizaciones civiles, adquisición de elementos bélicos en todo sentido y otros trabajos no menos delicados e importantes, siendo los principales cuyos nombres recuerdo en estos momentos — de dentro y de afuera como he dicho — los señores Joaquín Montaña, doctor Emilio Gouchon, Tomás Santa Coloma, doctor Jorge Morris, Joaquín Castellanos, doctor Francisco A. Barroetaveña, doctor Oscar Liliedal, doctor Diego T. R. Davinson, Fermín Rodríguez, Matías Mackinlay Zapiola, Miguel A. Páez, Natalio Roldán, doctor José S. Arévalo, doctor Martín M. Torino, Carlos Zuberbühler, Albano Honores, Angel Uga-

rriza, Zacarías Bonorino y el doctor Adolfo Saldías, que aunque no concurría al Comité me veía en mi domicilio y buscó y me trajo los últimos fondos que recibí. Estos eran los que diariamente conferenciaban conmigo organizando aquellos trabajos y buscando esos elementos. Quien sabe si no se me olvidan algunos después de tantas agitaciones y sacudimientos, pero el olvido sería involuntario y lo lamentaría profundamente. Muchos otros han cooperado también de una manera activa, pero yo me refiero a los que constituían una especie de Junta, una congregación especial para esos trabajos indicados. De otra manera tenía que nombrar a los trescientos o cuatrocientos que concurrieron al Parque en la noche del 26 de Julio.

Creo que es mi deber también recordar aquí que los dos primeros ciudadanos que hablaron conmigo sobre la necesidad imperiosa de un movimiento revolucionario, fueron los doctores Aristóbulo del Valle y Mariano Demaría, entrando decididamente al trabajo; y que la organización de las fuerzas de tierra la hizo conmigo el doctor del Valle, como se ha mencionado ya en su exposición. Es igualmente exacto que las últimas disposiciones de la escuadra, fueron confiadas al doctor Miguel Goyena. Debo hacer constar también que la Junta revolucionaria, se reunía en los últimos tiempos en casa del patriota ciudadano don Benjamín Butteler.

La otra Junta que tomó el carácter de Junta Directiva del movimiento revolucionario, desde el momento en que unos pocos resolvimos aplicar este remedio extremo a la situación oprobiosa porque pasaba la República, fué

sucesivamente compuesta, quedando constituída en los últimos tiempos con los señores generales Manuel J. Campos, Domingo Viejobueno, coroneles Julio Figueroa, Martín Yrigoyen, teniente coronel Joaquín Montaña, doctores Aristóbulo del Valle, Mariano Demaría, Miguel Goyena, Lucio V. López, José María Cantilo, Hipólito Yrigoyen, Manuel A. Ocampo, y yo, que fuí reconocido también desde el primer momento como presidente de esa Junta y de la otra, y como jefe del movimiento revolucionario. No creo que haya necesidad de explicar la división de esos trabajos cuya necesidad fácilmente se comprende. Perteneció también a esta Junta el malogrado doctor Navarro Viola, que desde el principio fué ardiente partidario de la revolución.

Injusto sería sino recordarse también lo que sucedió con el acorazado ''Los Andes'' y con el capitán Aguirre, de los ingenieros.

''Los Andes'' no estaba iniciado en la revolución, y habiendo descubierto casualmente, su segundo jefe el distinguido teniente de fragata Gregorio Aguerriberri, que el movimiento existía, en los momentos en que acababa de estallar, y que gran parte de la armada se había pronunciado, inmediatamente con espíritu de compañerismo y patriotismo digno de todo encomio comunicó a los oficiales lo que ocurría invitándoles a plegarse a la causa del pueblo. Todos aceptaron entusiastas su invitación, y ''Los Andes'' llevando prisionero al contraalmirante y otros jefes que allí habían ido, marchó a incorporarse a la escuadra revolucionaria.

El capitán Martín Aguirre, del batallón de ingenieros,

que se encontraba en la noche de la revolución, de guardia en la penitenciaría con un gran destacamento, no había sido tampoco iniciado. Recién en esos momentos, al estallar la revolución, se le comunicó lo que había por medio de otros oficiales y aceptando sin vacilación el patriótico movimiento, fué a incorporarse a la columna del norte.

Quiero y debo hacer constar para que se aprecie como es debido la nobleza y el patriotismo de los elementos que formaron ese gran movimiento revolucionario que desde el 13 de Abril en que se instaló la Unión Cívica hasta el estallido del Parque sólo he dispuesto de la exigua suma de treinta mil pesos nacionales, para toda la organización ostensible y para todos los trabajos revolucionarios. Muchos, amigos y extraños, creían que yo contaba con una gran caja, y yo dejaba circular la voz porque así convenía a nuestros propósitos, pero ya es tiempo de que se sepa la verdad. Puedo decirlo con legítima satisfacción, que no ha habido un movimiento revolucionario mejor preparado y conducido en su elaboración, pero desgraciadamente tan mal concluído.

Por último, creo que debo hacer constar este incidente. El coronel Mariano Espina, cuyas opiniones ya conocía porque habíamos hablado mucho tiempo antes, — según se ha mencionado, — tuvo conmigo dos entrevistas en vísperas de la revolución. No pudimos arribar a una solución para que viniese directamente y se incorporase a la Junta, porque, en virtud de diversas razones que me expuso, quería el comando de las fuerzas revolucionarias, y yo, o mejor dicho la Junta, no podía acceder a sus in-

dicaciones puesto que había generales en la revolución, y por otros motivos de lealtad. Sin embargo, se sabe que se presentó en los primeros momentos y todo el mundo conoce la decisión con que batalló. Después, el coronel Espina me ha recordado aquella conferencia.

En fin, mi amigo, muchos detalles e incidentes de interés quedarán sin apuntarse por ahora, pues de lo contrario esta carta se convertiría en pequeño libro. Después se dirán y salvaré todas aquellas omisiones que puedan notarse todavía, y que tal vez hieran algunas susceptibilidades, contra toda mi voluntad.

Su siempre affmo. — *Leandro N. Alem.*



LA INMOLACION

ACTA TRAGICA

"En Buenos Aires, a 1º de Julio del año 1896 y siendo las 11.30 p. m., el juez de instrucción que suscribe concurrió al local del Club del Progreso, encontrando en una de las salas y sobre una mesa el cadáver del Dr. Don Leandro N. Alem, que presentaba una herida de bala sobre el costado derecho de la cabeza. Constatado debidamente el fallecimiento por los doctores Jacobo Z. Berra y Eliseo Luque, se procedió a registrar las ropas que vestía el extinto, en presencia de las personas que suscriben la presente acta, y en ella se encontró lo siguiente: dos paquetes dirigidos al coronel Martín Yrigoyen, uno con el agregado "Urgente"; un paquete conteniendo la cantidad de 540 $ en billetes, un papel con las siguientes anotaciones: "Junio 17, $ 18,9.58. Amortizado, 500. Letra nueva, 18 558. Intereses, 130,18. Protesto, $ 12.50. Amortización, $ 400—591,68"; una llave al parecer de puerta de calle y un papel sin fecha ni firma que dice así: "Perdónenme el mal rato pero he querido que mi cadáver caiga en manos amigas y no en manos extrañas en la calle o en cualquier otra parte." Dándose por termi-

nado el acto el señor juez ordenó que el cadáver fuera entregado a los deudos del extinto firmando las personas presentes. — Félix C. Constanzó, Roque Sáenz Peña, Francisco P. Bollini, E. G. Figueroa, Francisco Posse, R. Varela Ortiz.''

EL TESTAMENTO POLITICO

He terminado mi carrera, he concluído mi misión. Para vivir estéril, inútil y deprimido, es preferible morir: ¡Sí, que se rompa, pero que no se doble!

He luchado de una manera indecible en estos últimos tiempos, pero mis fuerzas, tal vez gastadas ya, han sido incapaces para detener la montaña... y la montaña me aplastó!

He dado todo lo que podía dar; todo lo que humanamente se puede exigir a un hombre, y al fin mis fuerzas se han agotado... y para vivir estéril, inútil y deprimido, es preferible morir. Entrego *decorosa y dignamente* todo lo que me queda: mi última sangre, el resto de mi vida.

Los sentimientos que me han impulsado, las ideas que han alumbrado mi alma, los móviles, las causas y los

propósitos de mi acción y de mi lucha, en general en mi vida, son, creo, perfectamente conocidos. Si me engaño a este respecto, será una desgracia que yo ya no podré ni sentir ni remediar...

Ahí está mi labor y mi acción desde largos años, desde muy joven, desde muy niño, luchando siempre de *abajo.* No es el orgullo que me dicta estas palabras, ni es debilidad en estos momentos lo que me hace tomar esta resolución. Es un *convencimiento profundo* que se ha apoderado de mi alma en el sentido que lo enuncio en los primeros párrafos, después de haberlo pensado, meditado y reflexionado, en un solemne recogimiento.

Entrego, pues, mi labor y mi memoria al juicio del pueblo, por cuya noble causa he luchado constantemente.

En estos momentos el partido popular se prepara para entrar nuevamente en acción en bien de la patria. Esta es mi idea, este es mi sentimiento, esta es mi convicción arraigada, sin ofender a nadie. Yo mismo he dado el primer impulso, y sin embargo, no puedo continuar. Mis dolencias son gravísimas, necesariamente mortales.

¡Adelante los que quedan!

¡Ah, cuánto bien ha podido hacer este partido, si no hubiesen promediado ciertas causas y ciertos factores!

¡No importa! todavía puede hacer mucho. Pertenece principalmente a las nuevas generaciones. Ellas le dieron origen y ellas sabrán consumar la obra: ¡deben consumarla!

1º de Julio de 1896.

L. N. Alem.

CARTA A SU HERMANA TOMASA ALEM

A la señorita Tomasa Alem.

"Adiós, Tomasa:

Perdóname todo cuanto te haya hecho sufrir por mi agitada vida, y cuanto te haré sufrir por ésta, mi resolución. El caso era fatal, — la situación ineludible. Vivir deprimido, o morir.

No creo que quedes abandonada. Tengo todavía confianza en la nobleza de las gentes: esto es, — creo que hay todavía gentes buenas y nobles que sabrán apreciar mis sacrificios y oir mi solemne pedido, — que lo hago para tí. Sí: no dudo que lo atenderán.

Has sido la compañera de mi agitada y azarosa vida.

Sé cuanto me has querido y del mismo modo te he querido yo. Debes creerme, pues, que al alejarme de ti para siempre, llevo el alma llena de sombras y dolores; — voy con el corazón desgarrado y sangrado.—Si algo me consuela, es esa confianza de que te hablo — de que tú no quedarás abandonada.

Adiós, pues, otra vez, hermana querida, y otra vez perdóname. — *L. N. Alem.*"

CARTA A SU HIJO LEANDRO

Leandro, hijo mío:

Antes de alcanzar la edad que tú tienes ahora, ya eran muchas las amarguras y vicisitudes que debí sufrir para formarme un hombre útil a la sociedad en cuyo seno he vivido combatiendo con los nobles afanes de su constante perfeccionamiento. Esta conducta, como digo arriba, me ha deparado muchas amarguras, pero he preferido siempre la línea recta, cualquiera fuesen los sacrificios o las injusticias a afrontar.

Sigue mi ejemplo, Leandro. No antepongas nunca los intereses pequeños o personales a los altos enigmas patrióticos y no abandonando jamás la línea recta que yo seguí en mi azarosa existencia, habrás rendido el mejor homenaje a mi memoria.

Te doy un beso en la frente para que la conserves pura. Esa es tu herencia.

L. N. ALEM.

CORONA FÚNEBRE

DISCURSOS PRONUNCIADOS EN EL ACTO DEL SEPELIO
DE LOS RESTOS DEL DOCTOR ALEM, AL QUE
CONCURRIERON CIEN MIL PERSONAS

DEL Dr. MARCELO T. DE ALVEAR

Señores:

Honrado por el Comité de la provincia de Buenos Aires para hacer uso de la palabra, en su representación, temo que falte a mi espíritu la serenidad suficiente para interpretar con verdad el profundo sentimiento que a todos nos embarga.

Mis palabras sólo serán la expresión sencilla del cariño por el amigo y de la admiración por el esforzado campeón de las libertades públicas, que hemos perdido.

Nunca con más razón puede el pueblo derramar sus lágrimas sobre una tumba. Esta encierra desde hoy los restos del hombre que tanto luchó por la causa popular y a la cual siempre dió generoso, todas sus fuerzas, todas sus energías, todos sus momentos; los restos del caudillo predilecto que conoció los secretos para conmover las más íntimas fibras de su corazón y para guiarlo entusiasta y delirante en pos de sus queridos ideales, por los senderos más ásperos y fatigosos.

¡Leandro Alem! Fué a él, a quien acudió la juventud en época no remota, buscando su dirección para combatir las consecuencias de un régimen funesto. Y las con-

diciones brillantes y excepcionales de su carácter, fueron el más poderoso contingente de ese movimiento; y los antecedentes de su vida, la prenda más segura de la sinceridad de sus actos.

Y no se engañó la juventud. Su designación atrajo todos los elementos sanos del país, que vieron siempre en su figura política la promesa constante de una acción benéfica y patriótica.

¡Infatigable batallador!

De nuevo preparaba los elementos con que nos llevaría a la lucha; y cuando más necesario, tal vez, nos hubiera sido su potente auxilio, nos abandona...

No quiero entrar a considerar las causas de su determinación; me inclino respetuoso ante su voluntad y solo oigo las palabras con que se despide de nosotros.

¡Adelante los que quedan!

Sí; ¡adelante! Enorme y ruda es la tarea, pues nos va a faltar el espíritu más inquebrantable, el corazón más grande, el brazo más fuerte que siempre nos acompañara.

¡Que la fé que le tuvimos nos dé la fuerza suficiente para cumplir su último anhelo, que sintetiza la aspiración suprema de su vida!

He dicho.

DEL Dr. ABDON AROZTEGUY,
DELEGADO DE LA REPUBLICA DEL URUGUAY

Señores:

Designado por mis compatriotas para expresar al pueblo argentino sus sentimientos de condolencia ante el cadáver del Dr. Leandro N. Alem, vengo verdaderamente emocionado a cumplir tan honrosa como dolorosísima misión.

El Dr. Alem, señores, era para nosotros un compatriota; pero un compatriota distinguido, de los más distinguidos y apreciables.

Si grande e indescriptible es el sentimiento que ha producido su trágica muerte en la República Argentina, que pierde a uno de sus más preclaros hijos, grande también e indescriptible es el pesar que embarga en estos momentos a mi patria, la República Oriental, por tan desastroso fin.

Y ese sentimiento no proviene únicamente de la vinculación y solidaridad que existe entre estos dos pueblos desde los tiempos más remotos, que influye para que pensemos de la misma manera, argentinos y orientales; para que sintamos las mismas alegrías y dolores; constituyendo casi, puede decirse, una sola, una misma y única familia.

Tampoco es el resultado de la admiración; de la gran admiración rayana poco menos que en idolatría que, como todos, sentían mis compatriotas por las relevantes vir-

tudes cívicas del Dr. Alem. Recordaré al caso, la entusiasta y grandiosa manifestación que le hizo la juventud oriental en su último viaje a Montevideo.

No; nada de eso era. Es algo más íntimo y personal. Algo que jamás lo olvida un pueblo como el mío.

El Dr. Alem tenía por la República Oriental un entrañable cariño. Sentía por sus desgracias, a la par de mis compatriotas. Su gran corazón latía con las mismas vibraciones que el del mejor ciudadano uruguayo.

En todos los movimientos populares que desde el año 70 se han venido produciendo en mi tierra contra los gobiernos que allí existen, en todos ellos el Dr. Alem tomó una parte activísima, ayudándonos con su influencia, con su consejo y hasta con sus recursos. Demócrata y patriota sincero, su pensamiento estaba en todas partes donde se luchaba por la patria o por la libertad.

En el último de esos movimientos, que tan desastroso fin tuvo en los campos del Quebracho, el Dr. Alem inició una gran subscripción popular en este noble pueblo argentino, presidiendo la comisión que más tarde auxilió generosamente a los heridos y expatriados de la revolución del 86.

Yo mismo, en esa época, tuve el honor de entregarle un álbum con más de mil firmas de emigrados orientales, agradecidos a los sacrificios que había hecho por nuestra causa y por el alivio de sus desgracias.

Pero aún hay algo más. Algo más íntimo y personal.

Son contados los orientales residentes en este país que no tuvieran estrecha relación con el Dr. Alem. La casa del ilustre patricio argentino era considerada como su



Monumento a Alem en Tucumán.

propia casa para la mayoría de mis compatriotas emigrados.

Y ¿a cuántos no ha protegido el Dr. Alem?

Es incalculable el número de orientales que han sido empleados en esta tierra, verdadero asilo de mis compatriotas en su vida de peregrinación, por la influencia del inolvidable caudillo. Yo solamente, le he recomendado por centenares.

¿Qué extraño es, pues, que quisiéramos a ese hombre como lo queríais vosotros? ¿que sintamos su muerte como vosotros la sentís?

En más de un hogar uruguayo, señores, como lo he presenciado en mi mismo hogar, se han derramado lágrimas por el triste desenlace de la vida del Dr. Alem. Muchos orientales de los que lo acompañaron en las revoluciones del Parque, del Rosario y de la provincia de Buenos Aires, lloraban ayer como niños, en arranques de verdadera y sublime desesperación.

Y bien, señores. Dados estos antecedentes, que constituyen para nosotros grandes méritos y patrióticos servicios, no os extrañe que reclame para mi patria un alto honor, que no me lo podéis negar justicieramente. Reclamo, en nombre de mis compatriotas, que el Dr. Alem sea considerado también una gloria oriental, pues si en vida fué glorificado por mi pueblo, su muerte ha sido recibida como la habéis recibido vosotros, como una verdadera desgracia, como una gran desgracia nacional.

Dr. Leandro N. Alem:

Los orientales, vuestros amigos y admiradores, me envían acá para que deposite una flor en vuestra tumba,

encargándome pida al Ser Supremo, en nombre de la patria, para que os reciba en su gloria, pues sois digno de ella por haber conquistado la inmortalidad de vuestro nombre con vuestras heroicas acciones y con los sacrificios de vuestra azarosa existencia.

¡Quiera también el Gran Hacedor que mis compatriotas y los vuestros se inspiren siempre en esas energías y en las aspiraciones generosas de vuestro noble corazón!

¡Adiós, gran ciudadano!

DEL Dr. BARROETAVEÑA

Señores: Cumpliendo el precepto de Quintiliano: "abreviemos las palabras ante los grandes hechos."

La república entera,—hago este honor a los adversarios políticos,—acaba de ser profundamente conmovida por un suceso trágico, tan inesperado como terrible. Por primera vez, uno de sus patricios excelsos, con mano firme y temeraria ha puesto fin a su noble vida. El rudo acontecimiento, no sólo nos cubre de luto y de consternación, sino que inaugura la forma más funesta y peligrosa con que los hombres públicos pueden solucionar los accidentados problemas de su vida; y ante los despojos de la primera víctima, conteniendo las angustias y armado de franca energía, séame permitido condenar el suicidio como el procedimiento más estéril y atentatorio.

Señores: La gallarda y altiva figura del doctor Leandro N. Alem, no sólo había descollado en nuestras contiendas democráticas, en el foro, en el parlamento y en la tribuna popular, sino también en los tumultos sangrientos del comicio, en la guerra civil y en los formidables combates del Paraguay, donde el plomo mortífero diezmaba las filas argentinas. Y no obstante esos múltiples peligros y exposiciones, los proyectiles enemigos respetaron al valeroso luchador, que siempre se expuso en la vanguardia, como si sus altas virtudes le hubiesen for-

mado un blindaje invisible que lo preservaba de la muerte y de la calumnia.

La perforación del hermoso cráneo que encerraba ideas tan grandes como generosas, estaba reservada a la siniestra resolución del mismo Dr. Alem, concebida, sin duda alguna, bajo el influjo de la desesperación excitada por un enfermizo romanticismo.

Alem, combatiente de fibra, alma varonil forjada en la más ruda lucha, espíritu fuerte capaz de imponerse a las más crueles vicisitudes y a los peores desastres, ¿cómo ha podido destrozar su cabeza con su propia mano? ¿qué lo ha impulsado a la inmolación? ¿las dificultades de la política contemporánea? No; porque era inteligente y razonable para comprender que las causas del malestar no estaban exclusivamente al alcance de su resolución ni de la fuerza de su partido; porque si se encontraba con algún correligionario frío, indiferente, disperso o hacia el campo adverso, él sabía bien que la gran mayoría proseguía con lealtad la lucha por la justicia y el derecho; y porque, aun cuando Alem hubiese visto a la multitud, cobarde, envilecida o en el camino del crimen, era hombre de firmeza y de austeridad, capaz de cumplir sin violencia el altivo programa de Lamartine en casos tales: "*¡Feliz el hombre solo!*" Era un veterano del ostracismo interno y de las persecuciones!

¿Qué lo ha llevado al suicidio? ¿La pobreza? Pero si Alem era uno de esos sublimes menesterosos, cuya elevación de ideas y sentimientos les impide conocer y codiciar las ventajas del dinero; que suelen terminar con los pies en un hospicio, pero manteniendo siempre la cabe-

za y el corazón en las nubes; que se empobrecen haciendo el bien, y no se avergüenzan de alimentarse "como las aves del cielo", y de vestirse "como los lirios de los campos", cuando falta el trabajo honrado y dignificante; que persiguen como objetivos de la vida, la práctica del bien, del deber y de la virtud, el ejercicio del derecho y el reinado de la justicia; y que, desde la plataforma de su elevada misión, compadecen la opulencia de Creso, los caudales de *Verres* y la avaricia de Shylock!

¿La calumnia? ¡Pero si Alem sabía que desde Alejandro, los grandes hombres son las víctimas más codiciadas por el arma corrosiva de Basilio; pero si Alem era probablemente el hombre público argentino menos calumniado; si él sabía bien que el proyectil innoble resbalaba hasta sus plantas, sin mancillar su austera personalidad; si él no podía dudar que sus virtudes notorias y su altanero menosprecio, convertían en todo inofensivo la calumnia y la difamación?

El alma byroniana de Alem, embellecida con las virtudes de Catón el Antiguo, tuvo el momento de obsesión y de fatal excepticismo del de Utica, y como él, olvidó que "en huir del dolor nunca hay victoria", y el esforzado patricio no ha muerto *cara al tirano.*

El espíritu poderoso y varonil de Alem era capaz de resistir heroicamente las mayores adversidades, la prueba del odio, del fuego y del hierro. Parecían destinadas a él aquellas palabras de Víctor Hugo: "Ciertas naturalezas aladas, robustas y tranquilas, han sido hechas para los grandes vientos: hay aves de tempestad, creadas para los huracanes".

¡Alem *inútil* y *estéril!* ¿Cómo pudo decir semejantes palabras él, cuya sola presencia, adornada de nobles virtudes, era el ejemplo más *útil* y *fecundo* para enseñanza del pueblo; él que aun encerrado con sus cóleras y fulminaciones en su mísera tienda, habría sido el juez más soberbio y el maestro más elocuente de su nación, como lo fueron aquel guerrero invicto frente a los muros de Troya, y aquel sombrío solitario que rugía en el monte Carmelo?

¡Alem *deprimido!* Pero ¿cómo? ¿Por quién? ¿De dónde le vino esta persistente obsesión? Si Alem en los pontones, en la cárcel infecta, en la miseria, víctima de la difamación, en la soledad o en el infortunio, era siempre el repúblico altivo y brillante que se agrandaba en razón directa de las persecuciones y de las miserias de la vida?

¿Por qué se mató Alem? Yo no encuentro una causa razonable, si es que se puede excusar con estas palabras, la siniestra resolución en los más insoportables momentos de la vida.

. . . .

¡Quién hubiera adivinado tan horrible plan en el caballero afable y bromista, que momentos antes de la tragedia nos entretenía con burlas amistosas y familiar conversación! ¡Y pensar que por segunda vez nos había convocado para recibir el depósito sacro de su cadáver! ¡Y pensar que las cartas en que nos invitaba, han sido escritas el *1º de Julio* y luego enmendada la fecha para el *1º de Julio!*

Señores: En el sepulcro del Dr. Alem no debemos decir sino palabras severas y levantadas, dignas de la vi-

da, de la escuela y de la propaganda del preclaro ciudadano.

Ni el llanto ni la desolación son del todo apropiados frente a este cadáver excepcional. A repúblicos de la estirpe de Alem no se les honra con lágrimas, ni con cirios y genuflexiones, sino imitando sus virtudes, la nobleza de su alma, su altruismo, su carácter y el valor heroico para luchar por el bien!

Desprendámonos del drama sangriento; no indaguemos los sombríos monólogos de Hamlet que se habrán sucedido con fatal repetición en las tristes cavilaciones de sus últimos días; no preguntemos por qué lo sedujo el segundo término de aquella formidable interrogación del héroe de Shakespeare: "¿cuál es más digna acción del ánimo: sufrir los tiros penetrantes de la fortuna injusta, u oponer los brazos a este torrente de calamidades y darles fin con atrevida resistencia?" No pretendamos desgarrar el denso velo que envuelven sus raciocinios desesperados; levantémonos de su tumba augusta y dirijamos la mirada y la acción a su testamento político a los destinos de la patria, al porvenir político de la nación argentina, a todo lo que sea grande y elevado, digno del ilustre muerto caído en un momento psicológico.

Las más honrosas exequias a la memoria del Dr. Alem consistirán en realizar con serena firmeza cuanto exija el país para su completa regeneración en lo político, social, administrativo y moral, para el más amplio ejercicio de sus libertades públicas, para impulsar al pueblo a los comicios e imponer su deber a los gobiernos, para

impedir *funestas restauraciones... ¡Adelante los que quedan!*

He ahí su santo y seña de ultratumba, que sonará como un llamamiento supremo y sobre el territorio argentino, mientras sus hijos defiendan el honor y la gloria! Seremos fuertes y dignos. Duerme tranquilo, noble luchador!

Señores: Oigo que Alem es el último representante de una raza de varones fuertes que se van, después de haber agitado hondamente la sociedad en que vivía; hasta se insinúan comparaciones algo deprimentes con obscuros caudillejos locales, surgidos del caos y de la anarquía. ¿Cómo? Alem, el conductor del pueblo argentino a jornadas patrióticas en momento solemnísimo para reivindicar el honor y la libertad; Alem, el viril combatiente. el ilustrado propagandista, el tribuno de fuego que arrastraba la democracia a su solemne manumisión; Alem, el virtuoso, el alma grande y noble, capaz de todas las intrepideces y de todos los sacrificios en pro de la nación argentina, ¿es el último romano, el último representante de los sublimes agitadores que dignifican la especie humana? ¡No, por Dios; no blasfememos de la patria! Alem deja toda su generación de discípulos, modestos, pero impregnados de las claridades, de las virtudes, del carácter y de la elevada enseñanza cívica del tribuno fulgurante.

Señores: en el interminable desfile del pueblo, que ha contemplado y traído a la mansión de las tumbas el cadáver del Dr. Alem, han llamado la atención dos elementos sociales; la mujer y la cantidad enorme de jóvenes. La primera, desde la más remota antigüedad, desde el

drama del Gólgota, es la piadosa compañera en los infortunios de los grandes hombres, la que prodiga con su exquisita sensibilidad, consuelo y resignación al que sufre; flores de nardo a los mártires del deber, a los apóstoles del bien y de la virtud, a los benefactores de la humanidad. Los jóvenes, responden con elocuencia al último toque de llamada del Dr. Alem, demuestran que nunca fueron remisos a la palabra de orden del ilustre tribuno, y que están firmes y dispuestos a *consumar la obra* que recomienda en su testamento. Lo afirmo por mi honor: La juventud será perseverante!

Señores: el Partido Radical de Entre Ríos y Santa Fe, me han encargado que hable en su nombre al sepultar los restos del doctor Alem. Aquellos pueblos como las demás provincias argentinas no sólo quieren honrar con delegaciones, ofrendas y discursos, la tumba del que tanto luchó por su causa, sin economizar sacrificio alguno, sino que también protestan en presencia de los despojos del egregio ciudadano, *consumar la obra* de su redención política y social.

Los argentinos ya no veremos al iluminado demócrata fascinar las multitudes desde la tribuna de las arengas; las reivindicaciones armadas no contarán con aquel eficiente organizador; las campañas eleccionarias no serán presididas por el político rígido, que combatía las convenciones exitistas y solo se inclinaba ante el veredicto de las urnas, leal y honradamente compulsadas; los parlamentos no volverán a escuchar la vena elocuente y fogosa, los grandes discursos del *tribuno del pueblo;* la causa de la defensa nacional ha perdido un brazo fuer-

te; los oprimidos y toda buena causa, ya no tendrá al más solícito e impetuoso de sus abogados; no veremos los grandes *meetings* del pueblo argentino presididos y electrizados por el vehemente jefe del partido radical; la juventud no volverá a contemplar ni la fisonomía severa del gran demócrata, ni oir su palabra arrebatadora; pero Leandro N. Alem no ha sufrido ni clamado en el desierto: Todo el partido radical de la república sabrá dignamente *consumar la obra* que nos recomienda; conservaremos piadoso recuerdo del abnegado jefe, y, perdonándole la falta de su postrera resolución, lo presentaremos a la posteridad como modelo de carácter y de civismo, en blanco mármol de Carrara o en bronce sonoro e inmortal.

Paz en su tumba, honor a su memoria y *adelante los que quedan* hasta *consumar la obra!*

DEL Sr. JOAQUIN CASTELLANOS

El luctuoso acontecimiento que nos congrega en este recinto es más que un duelo nacional: hay antecedentes y causas que lo hacen un duelo histórico.

El último voto personal del gran ciudadano se ha cumplido por modo extraordinario; su cadáver ha caído verdaderamente en manos de sus amigos, pero no sólo de los que él conocía, sino también de sus innumerables amigos anónimos con que contaba entre todas las clases sociales ese hombre que, sin los prestigios del poder ni de la gloria militar, ha sido en nuestro país el predilecto de las multitudes, el bien amado del pueblo!

No existe en nuestros anales el recuerdo de una muerte tan llorada; ninguno ha recibido hasta el presente una manifestación de pública condolencia tan intensa y tan extensa.

El Comité Nacional de la U. C. Radical me ha encomendado la misión de representarlo con mi voz en esta fúnebre solemnidad; pero en presencia de ella, el homenaje que sus correligionarios consagran al que fué fundador del Partido y abanderado de la causa, se impersonaliza y confunde con el sentimiento de profunda consternación patriótica, cuyos testimonios nos llegan de todos los extremos de la República.

Esta misma ceremonia imponente a que asistimos, es una especie de plebiscito fúnebre, al que concurren con un

expontáneo sufragio de dolor todos los argentinos: en esta hora y en este sitio no hay, no puede haber, ni partidarios, ni enemigos; son solo conciudadanos.

Y es también que, a esta hora y desde este sitio, el nombre del Dr. Alem ya no pertenece a los afectos, a los entusiasmos y al credo exclusivo de un núcleo más o menos considerable de opinión: hoy ya pertenece a la patria; de cuerpo entero ha pasado a la historia.

Hacía falta en el cuadro de nuestras celebridades esa figura simbólica de las palpitaciones generosas de nuestra raza y de los más nobles ideales del alma argentina.

Y ese hombre es verdaderamente un símbolo; lo fué durante la vida y lo será mucho más cuando, por el transcurso del tiempo, vayan acentuándose alrededor de su memoria los accidentes que caracterizan su existencia, que era ya legendaria por la austeridad cívica y la abnegación patriótica. Carácter muy superior al medio en que vivía, su talla moral quedaba inalterable entre los cambios que operaban a su alrededor el paso de las generaciones y el vaivén de los acontecimientos, sus alternativas de popularidad o de aislamiento dependían de que se elevara o deprimiera el nivel cívico del pueblo, como la roca que en los flujos del mar las olas coronan con blancas guirnaldas y de la cual se retiran en las bajas mareas dejándola dominar solitaria el espacio circundante, desde su cima calcinada por el rayo.

Y a pesar de eso, Leandro N. Alem era en nuestro país la unidad moral más representativa de su conjunto. Su temperamento y su existencia personifican el temperamento y la existencia de nuestro pueblo, en uno de sus

períodos históricos; aun más: lo personifican en una de las frases permanentes de nuestra vida nacional, en el impaciente afán de perfeccionamiento en las energías impulsivas para realizarlo; en este sentido era un fragmento vibrante de la nacionalidad; era un pedazo de patria, que hoy convertido en girón de arcilla ensangrentada entregaremos a la tierra como testimonio de los desgarramientos dolorosos que en las sociedades en formación marcan cada jornada de su evolución progresiva.

Pero al devolver a la tierra nativa los elementos que de ella recibió para la vida, nos reservamos su espíritu, que para siempre quedará incorporado en nuestra atmósfera moral como esas fuerzas misteriosas de la naturaleza que actúan impalpables, orientando la brújula en los mares o encendiendo en la mitad de la noche auroras eléctricas más luminosas que las del día.

Para los hombres de esa estirpe, la muerte no es una desaparición; su influjo cambia de lugar y de forma pero no se extingue, porque una parte de ellos queda en cada uno de nosotros por el afecto y el dolor, por la veneración y el ejemplo.

Los que limitan su influjo en nuestra vida pública, al de un agitador o de un caudillo, forman un juicio semejante a los que piensan que el movimiento alterado del océano es una turbación de los elementos, siendo así que esa conmoción momentánea no es más que el efecto y la demostración de su eterno equilibrio.

Alem ha sido el Bayardo de nuestras contiendas políticas; sólo o acompañado, nunca retrocedía en la lucha; soberbio con los soberbios y humilde con los humildes, te-

nía pronto en los labios el apóstrofe fulminante contra todas las opresiones y la palabra de consuelo para todos los infortunios.

A pesar de sus exterioridades bruscas, tenía un corazón afectivo, de una bondad inagotable; los que hemos sido sus compañeros de prisión y de destierro, ni en los momentos más amargos le hemos oído una queja, un sarcasmo, ni un reproche. Ha llevado a la tumba, como él lo dice, muchas sombras y dolores, pero ni un rencor contra persona alguna; Alem no odiaba a nadie; en esta hora solemne lo declara un testigo íntimo de su vida en días de tribulación y de injusticias.

Asceta del civismo, era el tipo del varón bíblico para quien la vida fué milicia sin tregua. Su primera noche en la eternidad ha sido seguramente su primera noche de reposo. Desde la juventud sujetó su vida a la disciplina de su voluntad poderosa, y su voluntad al austero control de su conciencia inflexible.

Todos sus actos llevan el sello de la entereza consciente y reflexiva. Su propia muerte es el resultado de la severa unidad que dió a su vida; a semejanza del Hércules antiguo, él mismo preparó su pira funeraria, y él mismo recostó en ella su cuerpo dilacerado para despertar inmortal después de su martirio.

Sus despojos realmente corresponden al monumento que guarda los de las víctimas de Julio; su inmolación cívica no estaba más que retardada; tenía la trágica predestinación al sacrificio; el lo sabía, y no solamente se resignaba, sino que buscaba su destino, y cuando las circunstancias parecían alejarlo del camino del Gólgota, él

se dirigió directa y voluntariamente a su calvario patriótico. También tuvo su larga noche de Getsemaní; es cierto que alguna de sus palabras revela la amargura de esas horas de solitario recogimiento en que "el alma está triste hasta la muerte", pero su último adiós a la patria es de aliento y fe; es una viril incitación que tiene todo el calor palpitante de la vida y el prestigio sagrado de una voz que así sale de la eternidad.

Doctor Alem:

Tus compañeros de causa responderemos al toque de llamada patriótico con que nos convocas desde las puertas de la tumba; estamos de pie para realizar tu consigna póstuma, y por todos los extremos de la república, a medida que váyamos cayendo sobre el campo de la lucha, nos iremos transmitiendo los unos a los otros tu postrer voto, tu último grito de combate:

"¡Adelante los que quedan!"

———

DEL Dr. DOMINGO DEMARIA

Señores:

El dolor es mudo como la muerte, y es por ello que mis labios debían permanecer silenciosos ante la vista de este féretro que se ausenta para siempre de nosotros.

Pero quiero también a mi vez retribuirle ese *adiós postrero* que me legó este gran hombre, al perderse para siempre en el fondo insondable del infinito.

La vida del Dr. Alem es una lucha continua: desde sus primeros pasos en el mundo, no tuvo más recursos que sus solas fuerzas, y ellas fueron suficientes para llegar a ser el caudillo más grande y el tribuno más brillante que registran los anales argentinos.

¡Qué poderosas debían ser ellas! ¡qué grande la virtud de su alma, y qué virilidad la de sus sentimientos!

Su carácter tenía el temple del acero: inflexible e inquebrantable, no transigió nunca, ni con el crímen, ni con el vicio.

Eligió la senda del deber y de ella jamás se apartó, por más irresistibles que fuesen los obstáculos a vencer.

Y fué por eso que el pueblo que vió y comprendió los esfuerzos de su alma generosa, creyó siempre en la sinceridad de sus creencias y en la fidelidad de su conducta.

No iba a la plaza pública a agitar las muchedumbres por propósitos livianos, ambiciosos o mercenarios. ¡No tal! Jamás buscó nada para si en su agitada vida políti-



Monumento a Alem en la ciudad de Junín.

ca; todo lo hacía por la patria. El pueblo, que así lo sabía, concurría a su llamado y veía que el ejemplo de su vida austera coincidía en un todo con sus propósitos.

No hizo la propaganda de su doctrina como otros, en lecciones de ciencias especulativas en las cátedras a las jóvenes inteligencias preparadas para ello, sinó que su acción fué más vasta y más persistente; su cátedra era la tribuna popular y desde ella, a la vista de todos y expuesto al juicio público, era desde donde proclamaba las doctrinas políticas sin disfraces de ninguna especie y rindiendo siempre culto a la verdad.

Ha caído, no como el atleta esforzado en medio de la lucha, sinó que él mismo, de una manera estudiada y con profundo conocimiento de causa, se arrancó la vida.

Buscó en el suicidio un descanso de las batallas tan fuertes que tuvo que dar durante su existencia.

No conozco en nuestros anales patrios un sólo caso igual al presente: todos los luchadores del pueblo, como Mariano Moreno, Echevarría, Alsina y otros, han terminado su vida cumpliendo el proceso evolutivo de la materia: nacer, crecer y morir.

Alem ha sido el único que no quiso sentir su espíritu decrépito y ver que las fuerzas y el ánimo le faltaban: creería, si esto hubiese podido suceder, que no era el mismo hombre; se hubiera desconocido!

Su vida ha sido una continua lucha por la causa del bien, y el día que creyó ver debilidades en el camino que de tiempo atrás se trazó, hizo lo que Aníbal y Catón de Utica: librar a sus enemigos de un campeón que nunca

pudo ser vencido ni doblegado por ellos *Potius moris quam fedœris.*

Nunca nada le negó a su patria: en la más grande guerra internacional que tuvo, fué uno de los primeros voluntarios animosos que concurrió al llamado del deber, abandonando familia y estudios y soportando todas las rudas tareas del soldado, a pesar de tener una naturaleza excesivamente debilitada.

Cuando en una república vecina se produjo una revolución a efecto de derribar un gobierno espúreo, él se puso al servicio de esa obra, recolectando socorros y dinero para esa redención.

Pero donde más se agiganta su figura es de seis años a esta parte.

Tocóle ser jefe del partido popular, y con tan gran éxito que, en el reducido espacio menor de dos años formó el partido más grande y fuerte que se haya conocido en nuestras luchas civiles.

Pero, es necesario verlo como trabajaba; emprendía una serie de giras a las provincias, agitando y poniendo en pie el espíritu público que estaba inerte; de allí viene, organiza todo el movimiento electoral de la capital; pero para todo esto le fué necesario sacrificarlo todo: su estudio de abogado desapareció, su pasar honrado y modesto se liquidó, sus horas de sueño no existían y su salud se resintió de todo este gran esfuerzo hecho.

Su obra fué grande y ella no sólo dió resultados benéficos al país en la forma y modo de organización unipersonal de los comités, sinó que puso también en práctica

el sistema de las convenciones para los puestos electivos.

El partido formado por él dió sus frutos, tanto en la lucha pacífica de los comicios como en el campo azaroso de las revoluciones.

No sólo perdió su bienestar personal y salud, sinó que sufrió cárceles, destierros y persecuciones, soportando todas estas injusticias con altivez y sin humillaciones.

Lo único que le quedaba que dar al pueblo era la vida, y creyendo que ella pudiera ser fructífera para su causa se la arrancó con todo valor y sin pedir en cambio nada para él.

Fué por su causa tribuno, apóstol y mártir de su credo político, sin más satisfacción que la del deber cumplido.

Recojamos, pues, su testamento político y juremos aquí, en su tumba, llevar adelante los principios de nuestro partido, imitando el ejemplo de su vida para no desfallecer, para no claudicar, ni arrollar la bandera en medio de la jornada.

Tengamos presente que la sangre de este mártir, dada en holocausto por la buena causa, no puede quedar estéril sinó que servirá para justificar nuestras creencias y sentimientos.

La verdad es que nos falta él. El más esforzado, el más batallador y el más grande y abnegado de los tribunos argentinos.

El vacío que deja su partida será imposible de ser llenado y si valoramos lo que valía en la vida, hoy después de su muerte sabremos ver la falta que nos hará para nuestra propaganda y acción.

Y es por todo ello que la gratitud póstuma le ha de levantar un monumento en el bronce o en el mármol, erigido por el óbolo generoso y desinteresado del pueblo, pues su nombre brilla ya en el panteón de la inmortalidad.

Y digo por el óbolo del pueblo, porque murió pobre después de haber vivido virtuoso y haber sido combatido por los sicarios y sayones de los protervos, pero ¡qué le da a él esto! ¡desgraciado de aquél a quien no se combate! Su mérito ha de ser muy obscuro y dudoso cuando no basta a despertar el ladrido de la envidia, ni el furor de los envilecidos.

Yo, señores, que lo he seguido a su lado por más de quince años, con el mismo cariño y estimación que a un padre, se cuán grande era su alma candorosa y apasionada, ese cerebro tan profundo y bien constituído y ese gran corazón a la vez de héroe y de niño por su romanticismo y pureza.

Yo, señores, he querido comprimir mis sentimientos políticos, no he querido dar la *nota fuerte* en esta tumba, porque el gobierno y una parte de la prensa adversa a nuestra causa han rendido tributo de aprecio y admiración hacia el doctor Alem. Han comprendido recién que era virtuoso e ilustre y han venido a pagar ese tributo ante su tumba; a la virtud, que no tiene partidos, como no tiene ni país ni idioma determinado, y que impone el yugo de su autoridad, de su ascendiente y de su prestigio a todos los corazones nobles y generosos.

De su frente ya pálida y velada por los fantasmas de la muerte, se destacan rayos luminosos que nos han de

alumbrar a nosotros en el camino a recorrer en la vida, para no separarnos del deber y la lealtad.

¡Doctor Alem! tú has atravesado el estrecho istmo que separa la vida del sepulcro, en brazos de la inmortalidad y coronado por la gloria. Desde tu mansión silenciosa, templo de tu virtud y heroismo, nos predicas con tu muerte y tu testamento *lecciones mudas* pero sublimes, que nosotros recogeremos en el fondo de nuestras almas; nuestras rodillas se doblarán involuntariamente al pasar por delante de tu tumba y nuestras lágrimas correrán largo tiempo como si pudieran reanimar tus frías cenizas.

Dichoso tú que por tus obras, hoy sobrenadas en el piélago inmenso de la eternidad, en que todo se sumerge y perece!

Vivirás en lo íntimo de mi ser como el más caro de los míos! Te profesaba un cariño sincero, tú lo sabes bien, cuando a la despedida me llamabas *tu joven y leal amigo.*

Serás mi égida en el camino de la existencia, y todos los días los míos rogarán por ti; tanto te querían! Hoy cómo te lloran!

Hay prendas adoradas que viven constantes en el sueño inconmensurable y eterno de la muerte, dice el gran dramaturgo inglés; así vivirá tu nombre para tus amigos y para el pueblo de quien fuiste el mártir y el apóstol de su credo.

¡Adiós para siempre!

DEL Dr. JORGE L. DUPUIS

¡Era todo un hombre!

Su personalidad se destacaba entera, como vaciada en bronce antiguo.

Su pensamiento fué una sola y única idea: ¡la patria! su único amor: ¡la libertad! Consagró a sus ideales todas sus fuerzas y energías, y al sentir hoy el espíritu público vacilar en la áspera lucha, ofrece su sangre en holocausto al viejo altar de sus nobles abuelos, como una enseñanza postrera, como un íntimo llamado a la reacción cívica!

Ha muerto como había vivido, con estoicidad expontánea.

Ni los halagos de los poderosos, ni sus cárceles y pontones pudieron jamás quebrantar la firmeza de su carácter, templado en el crisol de las grandes luchas.

Nunca se quejó; sus labios nunca se entreabrieron para murmurar contra su destino o para protestar contra las injusticias, que fueron la amarga herencia que le cupo en suerte.

Su voz sólo se levantó en son de airada protesta, donde hubo una iniquidad que condenar; nada pidió para sí: todo lo reclamó para el pueblo, para este pueblo de sus grandes afecciones.

Ha caído de una sola pieza: como trozo de granito arrancado de la montaña; sin desfallecimiento, sin una

duda que turbara siquiera la serenidad catoniana de su espíritu, ante la magnitud del sacrificio.

No le quebró el destino; la altivez de su alma no se escudaba en la fatalidad.

Quiso morir. Para él había llegado el momento de las resoluciones supremas en bien de una causa: creyó que su sangre derramada por su propia mano, cayendo gota a gota sobre la frente del pueblo, sería su rendición, y se la dió!

Su última palabra contiene el recuerdo de los deberes cívicos y el solemne compromiso de cumplirlos, sellado con su muerte.

¡Paz en la tumba del luchador!

Cuando los ideales que agotaron su vida sean una hermosa realidad, las jóvenes argentinas, como las vírgenes de la antigua Grecia, irán vestidas de blancas sayas a coronar su tumba con mirtos y flores.

Queda en tanto depositado sobre la fúnebre losa el gajo de laurel, símbolo de gloria, con la palma, símbolo de martirio, entrelazados en estrecho abrazo como una cariñosa vinculación del pueblo con su más noble y sincero tribuno.

Y cualesquiera que hayan sido sus errores, en esta patria de los grandes olvidos, sea la historia, en épocas más serenas, su juez; el presente sólo puede llorarlo.

Y así como grande fué su sacrificio, sea también imperecedera su memoria!

DEL Dr. TOMAS R. GARCIA

Doctor Alem: ¡Descansa en paz! Los postreros votos que formulaste y que encierran y compendian los más puros ideales de tu alma de patricio, no serán estériles.

Los recogerán las generaciones a quienes los legaste y marcharán a la cumbre de la montaña impelidos por el santo amor a la patria, bendiciendo tu nombre.

Doctor Alem descansa en paz.

Señores:

Los miembros del Comité Radical de La Plata han querido que sea yo el intérprete de sus dolorosos sentimientos en este acto solemne en que venimos a dar la última y la más triste de las despedidas al cuerpo del que hasta ayer se llamó en vida el Dr. Leandro N. Alem... Y héme aquí inclinado ante el féretro que guarda sus queridos despojos, pálido, tembloroso, dominado por la más profunda e intensa de las emociones.

Sí; créome por instantes víctima de un ensueño; que él no ha muerto, que él vive, y la multitud apiñada ábrele paso entusiasta y orgullosa; que veo aparecer su soberbia y varonil figura y brotar de sus labios aquella palabra inspirada y ardiente que fulminaba a los liberticidas y a los que traficaban con la honra y la dignidad del pueblo; encendiendo los corazones en el santo amor a los principios que constituían el ideal de su credo político... y despierto a la realidad viéndolo ahí, pálido, sin movimiento, ni calor, ni vida, para siempre inerte.

¡Oh! ¡Cuán horrible, cuán profundamente horrible ha debido ser la tempestad que azotara su frente, para que su alma templada al calor de los más grandes sacrificios y de las abnegaciones más sublimes se viera obligada a estallar y romperse aniquilada por la propia, deliberada, inflexible y suprema voluntad!... Apóstol de la justicia, de la libertad y del derecho, creyó que su misión sobre la tierra había concluído y orló su frente con la aureola del mártir... y su espíritu esclarecido y sereno se cierne sobre nuestras cabezas, iluminando el cielo de la patria con los destellos inmaculados de su austera virtud republicana.

Señores:

Su personalidad fué tallada en el molde en que se fundieron las de Moreno, Dorrego, y Adolfo Alsina, y brillará cada día con luz más intensa, indicando a los pueblos oprimidos la senda del deber, por donde marchan los héroes y los mártires, camino de la inmortalidad y de la gloria.

Todo lo fué y todo lo debió a sí mismo, al propio esfuerzo: estudiante, soldado, poeta, profesor de derecho, periodista, revolucionario, proscripto, representante del pueblo, el más fogoso y el más inspirado y popular de sus tribunos; altivo, noble, generoso, abnegado, luchador incansable por el bienestar y el engrandecimiento de los pueblos argentinos; y ha muerto como vivió: de una pieza, pobre, austero, legando a las nuevas generaciones el cívico encargo de continuar y consumar la obra que él empezó, impulsó y no pudo ver coronada por los resplandores de la victoria.

DEL Dr. EDUARDO GUIDO

Señores:

Cayó el atleta, derribado de su propia mano.

La conciencia de superioridad, el espíritu libre, su carácter esencialmente independiente, le sugerieron, sin duda, la extrema resolución de fijar por sí mismo la hora del viaje sin retorno, frustrando las combinaciones de los demás hombres y emancipándose hasta del imperio de la caprichosa naturaleza.

Su soberanía individual, tanto en los actos graves como en los más sencillos de su vida, se levantaba por encima de todas las preocupaciones humanas, sociales y religiosas; por eso su figura imponente se destacaba sobre la multitud que él iluminó con las irradiaciones de la fe del verdadero apóstol, cuya llama perenne era alimentada por el fuego de una alma creada para el sacrificio y hasta para el martirio.

¿Tenía derecho para disponer de su existencia por su solo albedrío? ¿Hizo bien o hizo mal alzándose en rebelión contra las leyes eternas que rigen a los mortales? ¿Debió dar ya por terminada su misión patriótica? ¿Tuvo motivos justificados para su fatal desfallecimiento?

Dejemos tan arduas cuestiones a las elucubraciones filosóficas, ajenas a este momento de supremo dolor, teniendo sólo presente como guía en los abismos del pensamiento, que la propia inmolación en holocausto a una

pasión o a una idea, o como remedio a males verdaderos o ficticios, terrible violencia que, en general, es la insólita debilidad de los más fuertes o el sublime heroísmo de los débiles, responde siempre a misteriosas influencias que reclaman mucha meditación y prudentísimo criterio para juzgarla.

Bástenos por hoy contemplar con maravilla la última prueba que nos deja el amado caudillo popular, de su fervoroso idealismo, al entregarnos su cadáver como prenda de fidelidad a sus principios, creyendo así estimular la ilimitada abnegación que impone, a sus adeptos sinceros, la sagrada causa liberal a que consagrara hasta su postrer suspiro.

Recojamos y guardemos piadosamente esa reliquia, y que ella nos sirva en nuestras tribulaciones como en nuestros anhelos infinitos de libertad y de justicia, para inspirarnos en las virtudes republicanas que la animaron en el breve tránsito por la tierra, del demócrata puro, del leal amigo, del patriota ardoroso, del ciudadano ejemplar cuyo recuerdo queda para siempre grabado en los corazones argentinos con el nombre simbólico de Leandro N. Alem.

¡Que en paz descanse!

DEL Dr. D. BERNARDO DE IRIGOYEN

Las cenizas de los hombres, que como el Dr. Alem personificaron ese conjunto de virtud cívicas y privadas que dignifica la vida, arrojan luces que alumbran el desenvolvimiento libre de los pueblos. La acción del tiempo, lejos de extinguirlas, las conforta, para que sirvan de estímulo y de ejemplo a las generaciones que se sucedan en el orden de la humanidad.

No estoy llamado a pronunciar el elogio fúnebre del Dr. Leandro N. Alem.

Están designados los ciudadanos que deben perfilar, en este acto, los contornos de esa figura acentuada, que representó en épocas recientes las manifestaciones y los anhelos de la opinión nacional.

Algunos de esos oradores dibujarán probablemente los primeros esfuerzos de aquel joven, que destituído de influencias y de favores, y confiado de sus propias fuerzas, se incorporó airosamente al movimiento literario y científico del país. Aquel acto fué ya la profecía de su figuración política.

Ocupó pronto un puesto prominente entre Gallo, del Valle, Goyena, López, y otros igualmente esclarecidos, y tuvo poderosa influencia en los acuerdos y trabajos políticos de aquella agrupación brillante por el talento de sus hombres, los que parecen destinados a ausentarse prematuramente del escenario de la vida.

Otros escribirán los variados accidentes de la existencia de Alem y referirán la expontaneidad con que, cuando la dignidad de la patria pareció en peligro, abandonó las reflexivas tareas del foro para defender valientemente en los campos de batalla la integridad y el nombre de la nación. Y después de haber formado dignamente algunos años en las filas del ejército nacional, tornó a esta capital para actuar con ardimiento en nuestras contiendas internas, conquistando ya en aquellas luchas el prestigio de que ha vivido acompañado, fuera próspera o adversa la situación en que lo colocaran los acontecimientos. Más tarde debate con notabilísima ilustración en los parlamentos de la provincia y de la nación, las altas y ruidosas cuestiones administrativas y constitucionales que apasionaron en aquellos días el sentimiento nacional. Y se aleja, después, de la escena pública, sin reparar si son muchos o pocos los que lo acompañan; porque la soledad nunca abatió su espíritu, ni debilitó sus patrióticos ideales.

Y no faltarán algunos que, al trazar esos rasgos biográficos, recuerden aquellos días críticos en los que, aproximados los partidos tradicionales de la república, interrumpieron el expontáneo retraimiento de Alem, designándolo para presidir el levantamiento popular de julio iniciado por la juventud en favor de las libertades constitucionales del país.

El aceptó sin vacilaciones la confianza que se le discerniera; tomó el puesto que le señalaran sus convicciones, el voto de sus amigos y de sus adversarios, y permaneció desde entonces, fiel al espíritu, al lenguaje y al programa de aquella revolución esencialmente nacional

por los levantados designios que la decidieron. Pero la revolución no fué, como se ha dicho, una pasión de su alma ardiente ni una veleidad genial. El creía sinceramente que las ideas que ha seguido sosteniendo formaban parte del plan sancionado por el sentimiento y por las necesidades constitucionales de la república, y aceptado deliberadamente en 1890 por la Unión Cívica, en el acto fundamental de su convocatoria.

La verdad, el desinterés, la pureza de propósitos, el amor a las instituciones que garantizan el destino de las naciones, la integridad política en la más alta acepción de la palabra: éstas fueron las cualidades que constituyeron su ascendiente y su poder.

Vivió desde sus primeros años identificado con el pueblo, que lo miraba como verdadero representante de sus aspiraciones y de sus derechos. Nada podía ofrecer a los que lo acompañaban en largas y espinosas luchas que dirigiera y, sin embargo, grandes colectividades en la capital y en la república lo siguieron con incontrastable abnegación, y desde el infausto momento de su muerte, el pueblo permaneció agrupado en torno de sus restos, como pidiendo todavía autoridad moral que invistiera en toda la república, fundada en el título de sus acrisolados servicios, de la incorruptibilidad de su carácter y del poder atrayente de sus generosos ideales.

Leandro N. Alem baja a la tumba envuelto en su tradicional austeridad. Rodeándolo, sin embargo, los honores y demostraciones que el país unánimemente le acuerda; y este hecho enseñará a nuestra posteridad que los grandes caracteres se imponen al respeto de los pueblos y que

la pobreza de un ciudadano ilustre revive en ciertas situaciones el esplendor de la grandeza que la historia se encarga de perpetuar.

Saludemos con amor y recogimiento los despojos mortales de este amigo esclarecido, y que su memoria se grabe en el espíritu y en los buenos recuerdos de la patria.

DEL Dr. ADOLFO SALDIAS

Señores:

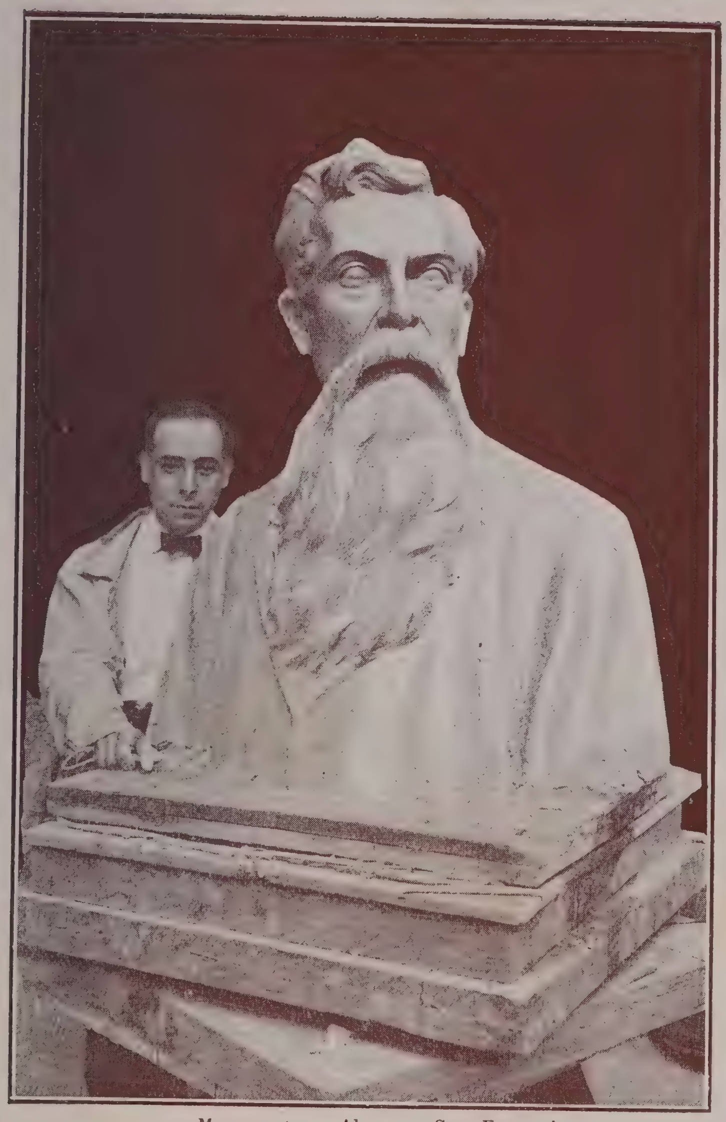
He debido aceptar el encargo del Comité de la capital, de rendirle el homenaje del corazón al virtuoso Alem, cuya muerte llora hoy la república entera.

Lo que de él dije en días de dura prueba, puedo decirlo sobre su tumba, porque es una la idea que siempre he tenido de este hombre extraordinario que incrustó sus ideales en el corazón del pueblo, empujándolo con su aliento generoso o conteniéndolo con la incontrastable austeridad de sus principios.

Le conocí cuando comenzaba la lucha de su vida, esa lucha ruda, sin tregua, pero sin desfallecimientos, arrostrada con la sonrisa del justo y con la mirada luminosa del apóstol. Durante un cuarto de siglo he seguido su camino, como soldado de la idea con la cual llamaba, y en las esperanzas como en la adversidad, le ví siempre levantarse con la fuerza de los escogidos, como si de antiguo hubiese hecho un pacto con el sacrificio para vencer en la lid de los principios, a los cuales se ofrecía en holocausto.

No soy yo, señores, quien puede juzgar la obra de Alem, su trascendencia; soldado de esa causa, vibra en mí el eco del sentimiento que me impulsó a servirla con enérgicos anhelos.

Pero delante de esa tumba se puede decir con el con-



Monumento a Alem en San Fernando.

senso del pueblo y de la generación, que Alem, él solamente, fuerza destinada a la impulsión progresista a favor del pensamiento levantado y de la propaganda batalladora, triunfó de su época, porque *nacionalizó* su causa y porque, aferrándose al principio que movía su alma iluminada, se levantó más poderoso que nunca sobre todos, proclamando por la gran voz de la patria la necesidad de estimular las virtudes para consolidar la república.
La generación actual no conoce un tribuno más esforzado.

Triunfó, porque esa gran voz quedó como una vibración de la verdad, como una esperanza gratísima, como una bandera seductora, y porque, al sentir de aquellos a quienes alejaban divergencias políticas, Alem era siempre la personificación de la justicia y de la virtud.

Conquistó palmo a palmo sus prestigios singulares, dando el ejemplo de virtud cívica elocuente y más notoria. Fué un ídolo del pueblo y una fuerza controladora en la política general del país.

Siguió siempre los impulsos de austeridad inflexible con la confianza y la sencillez de un niño, haciendo de lado todo lo que no concurriese a la verdad iluminada con la luz de sus ideas.

Ha vivido como viven aquellos a quienes la historia depara una página de oro, levantándose siempre por sobre los egoísmos y las pasiones estrechas que convierten a los hombres en esclavos de los éxitos de un día.

Hasta el momento en que, con una serenidad que aterra, llamó a seis de sus viejos amigos a la cita suprema de su muerte, ha vivido como un justo y ha luchado como un héroe.

Al ir a resolver su fin, de las claridades de su conciencia han salido solamente ecos de la bondad y de la ternura que lo caracterizaban.

"He concluído (me escribe en una carta de las que dejó a sus amigos) y me despido de usted, conociendo sus cariñosos sentimientos.

"En un pequeño pliego que dejo para que se publique, explico las causas fundamentales de mi resolución.

"¿Cómo la juzgarán? No sé. Yo sé que la tenía, que debía tomarla, y... la tomé.

"Yo entrego mi obra y mi memoria al juicio del pueblo".

He aquí el grande espíritu; el pueblo, a quien él consagró su vida con una abnegación ejemplar, el pueblo argentino ha pronunciado su fallo. Alem, de hoy en más, será un símbolo viviente de las generosas aspiraciones hacia la libertad, en la cabeza de todos.

¡Adiós Alem! Que los resplandores de tu alma grande iluminen las inspiraciones de los que de cerca o de lejos sean llamados a conducir la república.

Tu nombre es ya una bandera; que sea en los tiempos un ejemplo.

DEL Dr. LUIS V. VARELA

(El Dr. Luis V. Varela, impedido por prescripción médica, de asistir al entierro del Dr. Alem, hizo conocer el original del discurso que debía pronunciar en el acto de la inhumación. Helo aquí:

Señores:

Los que tenemos por misión en la tierra distribuir la justicia entre los vivos, también podemos, alguna vez, abrogarnos el derecho de juzgar a los muertos, sobre todo si ellos se han sometido a nuestro tribunal.

Al despedirse de nosotros el Dr. Alem ha dicho: ''Entrego mi labor y mi memoria al juicio del pueblo''.

Y bien: si el fallo ha de pronunciarse estudiando sola la figura austera del hombre, su constancia en la lucha, sus esfuerzos y su anhelo por la libertad y las instituciones, la posteridad tendrá que pensar de este ilustre muerto lo que sus contemporáneos pensamos ahora: fué un gran patricio.

Pero si esta catástrofe ha de medirse por su proyecciones consecuenciales, por la influencia que ella haya de ejercer en los partidos políticos de la república, entonces la muerte del Dr. Alem adquiere las proporciones de un acontecimiento nacional.

Leandro N. Alem es el último ejemplar de una raza que se extingue con él. Cuando se inclinaba, entre la muchedumbre llorosa que rodeaba el féretro de Adolfo Alsina,

pudo ya verse que el molde en que se fundieron los caudillos populares argentinos estaba roto.

Temperamento excesivamente nervioso, tenía todas las idiosincracias y todos los caprichos de las naturalezas primitivas. Había trazado sus ideales, soñador e inconsciente, con el mismo cariño que el creyente antiguo creaba sus dioses del hogar.

Llevar a la patria, a la sociedad, a la familia al pie de esos altares, era el único desideratum de su existencia. Romántico por tendencia espiritual y por su aprendizaje en las batallas de la vida, exageraba todas las contrariedades públicas y privadas. Quería luchar siempre de pie contra el torrente: no quiso jamás doblarse, y se ha roto.

No pudo remover la avalancha, que se desprendía a impulso de otras aspiraciones... "y la montaña le aplastó".

Los que le conocimos en el aula y compartimos con él todos los años de su vida; los que veíamos, entre las armonías de las estrofas de *Sombras,* un espíritu que se alimentaba en la tristeza y se retemplaba en la lucha; los que, en fin, le seguimos en el triunfo y en la derrota estudiando todas sus generosidades y comprendiendo todos sus sacrificios, no debiéramos habernos sorprendido ante el fin trágico de Alem.

Su suicidio es la lógica natural, la consecuencia forzosa de su manera de apreciar las virtudes. Su *obra* debía terminar así, en la *acción,* rápida, violenta, sin agonía. No fuera de él, si su último esfuerzo, su acto postrero, no hubiera sido una abnegación y un martirio. Se ha considerado estéril e inútil. Su puesto de jefe ya no le parece

que lo tiene. La hueste le abandona, y se siente deprimido en su personalidad moral y política, y pide, entonces, al plomo de una bala, que suprima aquel estorbo que impide acaso a otros ocupar su puesto.

El lo ha dicho. Es la montaña que le ha aplastado. Ha preferido morir antes que entregarse al abandono de la molicie.

Pero no es su partido, no son sus amigos, no es Alem, quienes han cambiado. Es la época, son los acontecimientos, son las nuevas generaciones quienes nos empujan siempre adelante.

Es el aluvión que aumenta. Es la montaña que se agranda.

Leandro N. Alem no quiso comprenderlo. En la integridad de sus pasiones extremas, él consideraba una transacción cobarde la política que se amolda a las circunstancias, respetando los grandes ideales; y a disparar la bala que dormía en el cañón de su revólver como el tigre que acecha la presa desde su cueva, ha exclamado, juzgando su propio carácter: ''Sí! que se rompa, pero que no se doble!''

Hace treinta años, casi un niño, soldado en la guerra del Paraguay, pensaba lo mismo. Desde entonces no ha cambiado:

''¡Ah! si venis con el siniestro intento
''de que incline mi frente en la batalla,
''volved, sombras impías, al abismo
''porque es muy grande la virtud de mi alma!''

Y así, mirando en la lucha la más grande de las virtudes, y creyendo que toda cesión fuese una abdicación, Alem ha alimentado su alma de necesidades de combate y de apostolados extremos.

Catón, al abrirse el pecho, creía que ya no habría romanos en Roma. Alem se cree deprimido porque, en la hora de la paz y de la labor comunes, las armas se deponen y los batalladores son menos necesarios. Es un fenómeno fisiológico. La inacción mata por inercia a las naturalezas acostumbradas al trabajo de todas las horas.

Y ha caído fulminado por sus propias convicciones, aquel atleta de tantas luchas, aquel batallador de tantos combates, aquel apóstol de tan buenas doctrinas, precisamente porque hoy ya no es necesario batallar ni predicar.

Ha caído, como debía caer, en medio de sus amigos, rodeado de propios y de extraños, respetado por correligionarios y enemigos.

Su entierro, más que una inhumación, adquiere las proporciones de la apoteosis, porque la justicia de los pueblos es el reflejo de la justicia de Dios.

La "montaña" que ha aplastado al caudillo desaparecido señala uno de los jalones del progreso que recorre la patria, y esa patria, es la que discierne el premio a sus virtudes. Con Alem desaparecen de la república los partidos personales y los prestigios que encienden el fanatismo de las multitudes.

Sin sus altas cualidades morales, sin su probidad y su pureza, la palabra ardiente del tribuno se habría perdido entre las muchedumbres de la plaza pública o se habría

escuchado con la indiferencia que acompaña a los demagogos.

Pero Alem había encarnado en su palabra y en su acción un ideal que reflejaba todas las grandes aspiraciones de la libertad y de las instituciones argentinas.

Seguirle era hacer obra de patriotismo. En su momento, ir tras de Alem al club político, al atrio electoral, a la revolución, era para muchos tan sagrado como en los tiempos del rey San Luis era el de armarse para ir a la cruzada contra el infiel que profanaba la tumba de Cristo. Entonces se necesitaba luchar, combatir, demoler, para procurar que la reconstrucción levantada sobre tantas ruinas llegase a realizar los ideales que el tribuno había logrado encarnar en la mente de sus partidarios.

Pero los tiempos han cambiado. Los partidos políticos hoy desarrollan su acción dentro del derecho, y las visiones románticas de los espíritus platónicos tienen que ceder ante la fuerza de los acontecimientos, puesto que los acontecimientos no deben ya someterse a la fuerza.

Y el Dr. Alem ha caído por falta de aplicación a su actividad y a su tendencia. Había escalado la cumbre de la montaña; faltó tierra a sus pies, teatro a su drama, y se ha precipitado.

Organización preparada solo para el combate, se ha sentido "inútil y estéril" en los momentos de la paz inalterable; y cuando sus propósitos de lucha intransigente se han visto contrariados, acaso se ha sentido *deprimido*, según la amarga palabra, que, como apóstrofe irónico, lega en su testamento a cuantos le estimaron.

Alem se ha matado dos veces. La bala que taladró su

cráneo le ha quitado la vida finita y perecedera del ser humano. Pero su última palabra ha destruído con su propia existencia la extirpe de los caudillos populares que, dentro de las grandes ciudades, arrastraban a las multitudes por el solo prestigio de su valor, de sus hechos y de sus virtudes.

Tras de él no queda ninguno que recoja esta herencia puramente individual. El Partido Radical seguirá su marcha en la política argentina, pero aquel carácter de austeridad intransigente, aquel programa de lucha y de combate constante, aquel propósito de vivir siempre con el arma al brazo, como el centinela avanzado contra los malos gobernantes y el defensor perpetuo de los pueblos, todo eso lo perderá con la sola desaparición de este hombre, que envuelto en la modestía de una vida sencilla, mezcla de tribuno y de ermitaño, baja a la tumba sin más objeto que el de suprimir su propia personalidad, de en medio de las dificultades que para el porvenir de su partido presiente.

Y en la política nacional, la muerte del Dr. Leandro N. Alem señalará nuevos rumbos a ese partido hasta ayer poderoso.

¿Qué será de él mañana? A los que vienen tocará decirlo.

En tanto, antes de que la tierra caiga para siempre sobre su cuerpo y la ingratitud contemporánea sepulte su nombre en el olvido, digamos de Leandro N. Alem, lo que su vida entera nos ha enseñado: fué un hombre ejemplar.

Nacido a la vida consciente en medio de las mayores calamidades que puede afligir un hogar, supo organizar y

conservar el de los suyos, honrando e ilustrando un nombre que las pasiones habían condenado. Tuvo por amigos a todos los hombres de valer de su tiempo, y por adversarios a los más encumbrados personajes de su época. Actuó incesantemente durante un cuarto de siglo, abriendo y recibiendo heridas en todos los combates en que se luchó por la libertad o los principios, y baja al sepulcro, pobre, honrado, respetado y querido.

Sobre su lápida puede, pues, escribirse con verdad el epitafio que más aspiran para la suya los que han hecho del sentimiento y la virtud un culto: *Fué un hombre bueno. — Tiene el derecho para reposar en paz.*

ALGUNOS JUICIOS PÓSTUMOS

EL CASO DEL Dr. ALEM

Pequeño contingente para la etiología del suicidio

(De "La Razón", Montevideo, 14 de Julio de 1896)

El Sr. Obispo de Montevideo ha publicado una interesante pastoral sobre el suicidio, con motivo de los homenajes que en ambas orillas del Plata se han tributado a la memoria del doctor Alem. Monseñor Soler hace salvedades muy discretas sobre la personalidad del tribuno radical, y entra luego a condenar el suicidio como un delito que el hombre comete contra Dios, contra la sociedad y contra sí mismo.

Demostrada su tesis, con las observaciones que la moral cristiana y la filosofía espiritualista han difundido por el mundo, no retrocede el Prelado ante ciertas dificultades escabrosas del tema escojido esta vez para dirigirse a su rebaño espiritual.

''Antes de proceder, dice, a examinar las causas que pueden conducir al crimen del suicidio, notemos los casos en que darse la muerte no es un crímen.

''Desde luego no es criminal el alienado que se da la muerte, pues carece de responsabilidad moral. Mas, fuera

del caso de enagenación mental, darse la muerte ¿es siempre un crímen? Creemos que no, pues no podríamos estigmatizar con el dictado de suicidas a los Codros, a los d' Assas, a los Ricaurte, y tantos otros héroes como nos ofrecen los anales de la historia. Su muerte fué hija del más sublime rendimiento a su patria y es acreedora a toda nuestra admiración''.

Como se sabe, Codro es el antiguo rey de Atenas, que se inmola voluntariamente en la pelea porque el oráculo ha profetizado que de los dos pueblos combatientes ha de triunfar el que pierda a su jefe. — D' Assas es el capitán francés que en 1760 prefiere morir antes que guardar silencio sobre la marcha sigilosa de un destacamento alemán, y Ricaurte es el oficial de Bolívar que sucumbe haciendo saltar el polvorín de la posición que defiende y con este sacrificio decide la victoria de Cajigal. — Esos ejemplos demuestran que, hasta cierto punto, el hombre es dueño de su propia vida, y puede rendirla voluntariamente en holocausto de grandes ideales. — Monseñor Soler condena en seguida el suicidio estéril de Catón, consecuente en esto con las enseñanzas de San Agustín; pero sería curioso descubrir lo que piensa del suicidio de Balmaceda, cuyos objetivos altruistas se han realizado en breve tiempo, como él los explicó para justificar aquel grande acto, en las sublimes confidencias de su testamento político.

Varios capítulos de la pastoral están destinados a estudiar las diferentes causas de la propagación del suicidio en los tiempos modernos. — Una de esas causas, y Monseñor Soler la señala con acierto, es la divulgación,

acaso inevitable, de las muertes voluntarias, en el vasto sistema de publicidad, que es algo así como la esencia misma de las sociedades actuales.

Indudablemente, el que esté satisfecho de la vida, o disfrute en condiciones normales, *mens sana in corpore sano*, el llamado *gozo de vivir*, no pondrá fin a sus días por el solo hecho de saber, en globo, o con detalles impresionistas, que otros buscan en el aniquilamiento personal la terminación de sus dolores físicos o de sus torturas morales; pero el peligro del ejemplo es por demás explicable respecto de aquellos que por cualquier concepto estiman en poco la existencia o tienen motivos excepcionales para sobrellevarla como un verdadero suplicio. — El drama está ya bosquejado en sus principales lineamientos. — Solo falta el desenlace, y la sugestión lo suministra con el relato conmovedor del suicidio, — que atrae a las almas enfermas como la boca de un abismo a las cabezas débiles.

La muerte del doctor Alem puede ser un argumento nuevo en favor de la tesis que sostiene Monseñor Soler, fundada en observaciones científicas y estadísticas de indiscutible valor. — Pocos días antes de la catástrofe apareció en Buenos Aires el primer número de una revista dirigida por don Pablo Groussac, director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires. — De esta circunstancia tomó su propio título: *La Biblioteca*.— En ese primer número publicó el doctor don José María Ramos Mejía un artículo titulado: *La tentación del suicidio*. — No son desconocidos para nuestros lectores esos dos nombres. — Groussac, gran escritor, francés de nacimiento, se ha incorporado hace largos años al movimiento intelectual de

la República Argentina, y Ramos Mejía ha dado a luz varias obras de mérito, en las cuales aplica a la sociología y a la historia las teorías más arriesgadas de las ciencias médicas. — Ambos pertenecen a la misma falanje en que han descollado, con incesante comercio literario o social, aún en medio de las desidencias políticas, Leandro N. Alem, Aristóbulo del Valle, Miguel Cané, Roque Sáenz Peña, Lucio Vicente López, etc., etc. Muy difícil será que el doctor Alem no haya puesto los ojos en *la tentación del suicidio*, como literatura antes de llevarla a su espíritu como resolución irresistible en la crisis suprema de su carrera tribunicia!

El artículo del doctor Ramos Mejía es el resumen de un libro que tiene en preparación sobre la *muerte voluntaria*, y puesto que responden a un fondo de ideas darwinistas y lombrosianas, claro está que debe ser el reverso de la medalla de la pastoral del Sr. Obispo de Montevideo. — Sin embargo, no deja de ser interesante mencionar que en uno y en otro escrito se cita el heroísmo del capitán Ricaurte como caso típico de las inmolaciones que la moral absuelve y la posteridad glorifica. — El doctor Ramos Mejía estudia con particular atención las manifestaciones del suicidio como consecuencia de profesiones hereditarias e impulsos fisiológicos que tocan el linde fatal de la locura; pero reconoce que el suicidio puede también ser un acto consciente de la voluntad humana y expresión de impulsos puramente psicológicos. — Hablando de Balmaceda dice:

"Suprimid de la historia contemporánea el suicidio de Balmaceda, y la idea que dió origen a su dictadura



Leandro N. Alem, al fundar el primer comité de la Unión Cívica Radical, en Lomas de Zamora, en 1891. Le acompañan Manuel A. Naón, Dionisio Pardo y otros correligionarios. Al fondo, la bandera histórica del regimiento radical, que tomó parte en la revolución de 1893 y 1895.

queda sepultada en el olvido; el gran ciudadano chileno deja de ser el héroe de un gran pensamiento para convertirse en un ambicioso vulgar que huye de las furias populares, disfrazado de mujer o de marinero.

"Su gran carácter supo ahogar el grito violento del instinto que salvaguarda la vida con tanto celo, optando por el doloroso y obscuro refugio de la autoquiria".

Como síntesis de sus ideas a este respecto, merecen notarse los siguientes párrafos:

"El suicidio podrá ser un simple fenómeno social, como la prostitución el pauperismo y la delicuencia; un resultado inevitable y previsto de la selección y de la lucha por la existencia, pero quedan esas excepciones numerosas que dejamos mencionadas, en que en el término preparado de un proceso intelectual relativamente libre, consciente y reflexivo; un acto voluntario hasta donde el *mecanismo-hombre* lo puede verificar: el producto lógico de una situación moral dada, cuyo desarrollo necesario — casi diría mecánico — lleva fatalmente a ese fin, refugio de una conciencia alarmada, pero no meticulosa ni cobarde.

"¿El suicidio es un acto de valor o una cobardía? Lo primero seguramente, cuando no se verifica dentro de la zona de anestesias físicas y morales que caracterizan la mayoría de las formas de enagenación mental: entonces la sensibilidad está muda y el dolor ausente; la muerte viene con un lujo de procedimientos atroces verificados sobre un cuerpo y un alma inertes. Hay, sin duda alguna, valor cuando se mira la muerte frente a frente, aceptando y, casi voluntariamente, saboreando las probabilidades

cercanas de una agonía dolorosa o atroz; cuando, como en *el caso de los suicidios políticos más conocidos,* se prefiere la pérdida de una existencia, algunas veces rodeada de satisfacciones indudables, al estigma convencional que engendra una circunstancia fortuita. *Preferir la muerte por este medio a la vida aplastada por la lenta desgracia que la empuja en la mísera pendiente de un olvido lleno de ignominias*: eso no merece la injuria, el castigo de las leyes o el de la Iglesia, sino la piedad...

No se necesita ser muy perspicaz, ni dejarse arrastrar por ideas preconcebidas sobre la sugestión para descubrir la profunda similitud que hay en esas frases del doctor Ramos Mejía: *Preferir la muerte por este medio, a la vida aplastada por la lenta desgracia que la empuja, en la mísera pendiente de un olvido lleno de ignominia.* — y las que por repetidas veces escribió el doctor Alem en la carta que debía publicarse cuando él hubiera dejado de existir; *para vivir estéril, inútil y deprimido, es preferible morir!* — Un artista, un autor dramático podría tal vez reconstituir el proceso psicológico de la resolución que tan inesperadamente puso término a la existencia de un hombre hasta entonces caracterizado por la fortaleza de la voluntad. — Cuántas veces habrán asomado en sus labios las célebres palabras de Mirabeau: "¡No hay más que un paso del Capitolio a la roca Tarpeya!"

Todos sus esfuerzos y sacrificios, toda su popularidad, todos los elementos acumulados para formar un gran partido y regir con él los destinos de la República Argentina, se desvanecían inevitablemente ante el hecho capital e indiscutible del momento: el triunfo de la candidatura

del general Roca para la próxima Presidencia de la República. — Esa es la montaña a que alude en sus cartas; —*la montaña que lo aplasta.*— Y en su derrota, con la clarovidencia de su noble espíritu, discierne ya los reproches y las desconfianzas que surgen contra el que no ha sabido triunfar en la batalla, y lo hacen responsable, no sólo de la derrota, sino de la dispersión y del desaliento en que anticipadamente se hallan sus más entusiastas y decididos partidarios de no lejanos tiempos. — Sóbrale temple y brío para luchar de nuevo; pero sabe que la lucha será infructuosa. — Está condenado a bajar de su glorioso pedestal, para vivir *estéril, inútil* y *deprimido.* — ¿Se resignará? — En medio de sus largos insomnios llega hasta él una frase que es la solución del problema: *la tentación del suicidio,* — "la exclamación del poeta moribundo: *oh! mort des anciens jours; j'ai compris ta douceur, le charme évanoni de ton oeuvre muette!*" (También es éste un pasaje del artículo del doctor Ramos Mejía). *Eso no merece la injuria, el castigo de las leyes, o el de la iglesia, sino la piedad... y, en algunos casos más bien la admiración!* — Esta fué acaso la tentación suprema. Rehacer en el apoteosis hecho a su memoria, sobre su cadáver ensangrentado, la embriagadora popularidad que lo abandonaba ya en las luchas de la vida, — y el apoteosis coronó la frente del suicida como hubiera podido honrar la de un héroe caído en el cañoneo del Parque, o en el bombardeo del Rosario.

Estos son los hechos, y no es inoportuno que la voz de la moral religiosa se alce para condenarlos mientras la ciencia recoge un nuevo testimonio de la fuerza de la sugestión en ciertas crisis dolorosas del alma humana.

ALEM

(De "La Revista Literaria" de Buenos Aires, Julio 15, 1895)

Era soñador, era un poeta. Su barba blanca ondeaba como una bandera de redención. ¿Justo? Lo era. ¿Sabio? Merecía serlo. ¿Desinteresado? Nadie lo fué tanto. Sólo le faltaba la cruz del martirio y la labró con sus propias manos. Condenarle a él, es condenar a Catón. El suicidio es la mayor de las heroicidades cuando el vivir es una cobardía. La tumba es el único Capitolio de los hombres justos. Golpear diariamente con el martillo de la verdad sobre las rocas áridas, es tarea de cíclopes. Sísifo no fué suicida porque los dioses le encadenaron a la existencia. Vivir sin rumbo, es morir lentamente. Y murió. ¿Y qué? Murió por los demás. No pensó en sus fatigas, sino en nuestros desalientos.

¿De quién es el crimen? ¿De los que le abandonaron, o de él, que prefirió quedar de pie sobre su sepulcro a caer con vida? Reflexionemos. Los hombres sudan egoísmo y lo enjugan con risa, premian la virtud con la indiferencia y la calumnia, oyen la palabra del justo y fingen no oirla: estrechamos manos de piedra, el mundo es la antítesis de lo que debiera ser. Y hay hombres que nacen para el mundo que existe y otros para el que debiera existir. Hallarse extraño entre sus semejantes, es vivir extranjero en un país de hermanos. Las preocupaciones pesan demasiado para que las despeñe un solo titán. Luchó, y con los brazos teñidos en su propia sangre luchó todavía: los corazones nobles tienen rebeliones de fir-

meza. Fué un drama en un abismo, el drama de un hombre. Y terminó con la catástrofe. Su cadáver es una acusación y una enseñanza.

Era un soñador, era un poeta... El genio de las democracias fué su espíritu, espalada de la razón su defensa, la integridad su escudo. Azotaba a las multitudes con su palabra de acero, las arrancaba gritos de entusiasmo y las incitaba a marchar contra el enemigo del bien. Pero el enemigo era poderoso, estaba dentro de cada uno, triunfando con las propias debilidades. Cada guerrero llevaba a su contrario dentro de sí mismo. La batalla era una derrota. El quizá lo presentía, pero luchaba. No era un insensato, era un héroe. Tuvo que defenderse de sus enemigos. Fué la lucha de un hombre contra todos los hombres. Y se mantuvo firme, ahí, sobre la torre de la Justicia, asistiendo a la agonía de las Virtudes. Oía a los adversarios sin acusarlos y los adversarios le acusaban sin oirle. Sus amigos fundieron la bala con que se quitó la vida. Murió arengando como Sócrates, pero sin dejar discípulos.

Era un soñador, era un poeta... Su tumba es una herida abierta en el corazón de la patria. Y por entre los labios de esa herida se asoma el muerto para reprochar nuestra frivolidad. El soñó cantar la epopeya de un pueblo y vió morir sus esperanzas. Todos hemos contribuído a cavar esa tumba y a empujarle hacia ella. Cayó, y su caída fué su primera victoria. De los malos, sólo se triunfa con la muerte, porque es lo único que no prevén. Y él triunfó de sus enemigos, pero no de sus amigos. La muerte de Alem es un crimen de todos nosotros.

Manuel B. Ugarte.

EL FIN DE UN GRAN LUCHADOR

(De "El Nacional" de Montevideo, 3 de Julio, 1896)

Desde niño fué fuerte y animoso. Con una tradición triste, casi lúgubre de familia, el niño altivo de frente pálida se educó solo. Siendo él como sombra errante de una leyenda trágica y sombría por razón de antecedentes históricos, se le miraba por los fuertes como a un vástago de funesto tronco; y en justo desagravio, él sabía vencer y humillar a los fuertes, cuando éstos se ensañaban con los débiles. En los primeros albores de la vida, muy lejos todavía del sentir del hombre, sentía y cavilaba como un adulto. Traía los gérmenes de las grandes pasiones y de los grandes dolores. Estudiaba como un deber y como una necesidad. Tenía los fervores del que cree, y las poderosas energías del que sueña.

Se formó solo, el niño desvalido. Desenvolvió sus fuerzas a la manera de esos árboles casi salvajes y solitarios, que al surgir de la tierra generosa, sólo riega el agua del cielo.

Echó raíces profundas, porque había mucha savia. Podía resistir al embate cruel de todas las iras y los odios.

La tradición tétrica, no era marca de fuego para él. Disciplinó su inteligencia para pensar bien; templó su voluntad como se templa una hoja toledana, para que resistiera sin quebrarse los choques más violentos; adobó

su sangre con el acre aroma de las virtudes espartanas, para que todos los actos de su existencia llevasen el sello de una austeridad que ya no es de estos tiempos, pero que volverá a ser de los venideros.

Acaso, en el afán de adobar sus fibras para la ruda batalla de la vida, no asimiló su intelecto todo lo indispensable para que él brillase en el orden de las ideas como una estrella de primera magnitud.

Tenía prisa en armarse caballero y en romper lanzas.

Daba a las energías de su alma mayor importancia que a los vuelos serenos del espíritu. Precipitábanle las ansias heroicas por el sacrificio. Todo él era ímpetu y denuedo. En la malla incontrastable de su voluntad de hierro, tenían que embotarse los más recios golpes, porque su escogido temperamento nervioso acogía el revés y el contraste como estímulo de hondos anhelos.

Arrojado al mundo y confundido con una memoria dolorosamente triste, llevó en sus ariscas mocedades el crespón en las ropas y el crespón en el alma, con el orgullo propio del que cree que los actos de los predecesores no afectan a la prole, cuando la prole se alza sobre el nivel de la miseria humana y se dignifica por su esfuerzo.

Se lanzó a los combates a muerte en guerras desoladoras; estudiante todavía, mostró en los días del peligro y de la prueba cuán alentoso era su pecho de patriota. Quería ilustrar su nombre, ganar un puesto a que tenía derecho en el aprecio de sus conciudadanos.

En las rudas luchas por el imperio de la libertad institucional, más tarde, su gran carácter delineó la acción

eficiente del civismo, combatiendo sin descanso lo que creyó inmoral y corruptor.

El libre sufragio lo tuvo por paladín esforzado. A hierro y fuego hizo un día triunfar la candidatura a senador del doctor Bernardo de Irigoyen. Se alzaron voces de asombro, de sospecha, de suspicacia hiriente y abrumadora. Este caudillo que así surgía brioso e indomable, era una amenaza temible. Debía haber en él una propensión fatídica a la reversión parcial; algo de atávico en sus instintos; mucho de ambición proterva, en quien llevaba sobre sus hombros el peso de hiperbólicos pecados ya del dominio de la historia. De ahí que él nos dijese en una ocasión con intensa amargura: "los antecedentes condenan!"

Al igual, sin embargo, de las grandes aves marinas de fortísimos remos que se complacen en bajar hasta la cresta de las ondas bravías o en trazar círculos inmensos bajo las nieblas de la tormenta, este hombre extraordinario vivía del esfuerzo y del embate, sin considerar a los hombres y a las cosas como eran, sino como debían ser.

Alentaba la fe de su ideal de partidario y de patriota por entero, sin reservas ni egoísmos, porque sabía darse en absoluto a su causa, a sus correligionarios y a su país.

Nunca pensó en su posición privada, en su persona, en sus intereses este varón noblemente inspirado. Amaba lo bueno, lo puro, lo grande por su esencia misma y por lo que de esa esencia, en porción mínima siquiera, pudiesen aprovechar los demás.

La abnegación extrema era su egeria. A oirla, lo arrastraba por extraño contraste su leyenda de familia em-

papada en lágrimas. Rebosaba de entrañables amores, en medio de sus mismas vehemencias infinitas!

Y se comprende. Los que han nacido en el infortunio sienten siempre la necesidad suprema de sacrificarse por los otros, si han nacido con un carácter superior, como el mejor medio de probar que son necias y brutales, muchas veces, las pobres justicias de la tierra!

Leandro N. Alem, que gozaba de la emoción de la batalla y se imponía en el conflicto por el vigor de su palabra y por la fuerza de su autoridad moral, se consolaba, empero, con los afectos adorables de los pedazos de alma que iba dejando en la lucha, porque era sensible, puro y bueno.

Ese fué, y no otro, el eminente argentino que un día abandonó las aulas para batirse como soldado en los esteros paraguayos, sin tener en cuenta el origen de su luto y los recuerdos de un hogar infortunado; el que luchó en los atrios junto a las urnas por la verdad de la soberanía del pueblo; el que no cedió jamás en la tribuna de la prensa y en la de los parlamentos ni un ápice de sus convicciones invencibles; el que tuvo en todo tiempo fuego vestal en su espíritu para difundir claridad de virtud republicana en las asambleas tumultuosas hasta encaminarlas a la acción fecunda y regeneradora; el que hizo frente con ejemplar altivez cívica a todos los poderes enconados y a todas las resistencias ciegas de las situaciones solemnes, hasta levantar el espíritu de las multitudes a la altura de los rígidos deberes impuestos a las democracias; y el que, más cansado de la miseria humana que de la vida, más abatido por las dolencias y

por los años que por la lucha, más convencido que nunca de que había llegado a la cumbre de su calvario y que ya no le era dado descender de esa cima sin incarse de nuevo las espinas de la cruz, ha dado por concluída su misión en la tierra, concentrando en la boca de un revólver la solución definitiva de todos sus grandes afanes y dolores.

Los antiguos varones por ley de majestad, se abrían en el baño las venas; por súbito desencanto, Catón afrontaba tranquilo el misterio de la muerte; Bruto negaba la libertad al hundirse el acero, fulminado por la derrota en la llanura aciaga; pero, este que acaba de destrozarse el cráneo como un amargo adiós al mundo, no se ha ido, no, en pos de una victoria perdida, porque el ejemplo de sus altas acciones y virtudes ha de perdurar mucho más que ese adiós irónico y sangriento!

Es una despedida de suprema elocuencia para los que no lo comprendieron; para los que no lo amaron; para los que lo hirieron en la entraña sin piedad, sabiendo que él era una sola pieza; y que esa entraña era la accesible al golpe de la ingratitud anónima, más no por eso menos cruel.

Nada fueron para luchador tan intrépido, las borrascas imponentes.

Todo lo fué, un simple desencanto de la lealtad y de la justicia con que se sueña, cuando se adora al bien por el bien mismo y se vislumbran los dioramas del futuro a través del humo de la gloria.

No es cierto que rindiera culto al éxito. Siempre tuvo al éxito por segundo. Era el bastardo, en la familia de

sus anhelos. Su religión, fué la de la consecuencia a las ideas, siquiera fueran ellas cien veces vencidas por el tropel informe de los hechos fatales.

Duerma en paz para siempre el que fué actor en permanente drama, varón esforzado, partidario austerísimo, incorruptible patriota!

Eduardo Acevedo Díaz.

EL Dr. LEANDRO N. ALEM

(De "La Libertad", (Paraná), 3 de Julio de 1896)

Un soplo helado ha corrido ayer con la triste nueva desde un extremo al otro de la República.

La muerte, la implacable muerte, esta vez llamada por él mismo, se ha llevado a este hombre que parecía destinado a escalar las mayores alturas, por la sola fuerza de su carácter del más fino temple, y de su alma heroica vaciada en el molde de los repúblicos romanos.

"¡Que se rompa, pero que no se doble!".

¡He ahí retratado el hombre, un solo rasgo enérgico, trazado con mano segura por él mismo, cuando ya había decretado su muerte!

¡Cuán cierto es, como dice Lamartine, que no se conocería bien al hombre si no se conocieran sus palabras! El alma está en sus acentos.

No hay palabras más grandes en la historia.

Ellas pueden compararse con aquella heroica respuesta del Príncipe Negro al Rey Juan de Francia, en la víspera de la batalla de Crécy, que le había de hacer inmortal, cuando contestando a las proposiciones de rendición de su adversario seguro del triunfo, le decía: "Los caballeros ingleses no se toman sino con las armas en la mano, y en cuanto a mí, suceda lo que suceda, la Inglaterra no tendrá que pagar mi rescate.

Ese hombre que tuvo un día en sus manos los desti-

nos de la República, y cuya estrella brilló un momento con luz resplandesciente en los muros del Parque; ese hombre que en aquel inmenso naufragio de la causa popular, cuando los próceres de la Unión Cívica Nacional, con rarísimas excepciones, se pasaron al campo enemigo o se retiraban a sus casas desalentados, surgió en medio del desastre levantando la enseña salvadora; el lábaro sagrado en torno del cual debían reunirse las nuevas legiones para seguir la lucha redentora, ese mismo hombre nos da hoy un nuevo ejemplo de abnegación y de civismo, sellando con su sangre el pacto celebrado con su propia conciencia, de vencer o morir en la demanda, por el bien público.

El Dr. Alem ha caído, pero nadie tendrá que pagar su rescate, lo ha pagado con su sangre generosa.

El héroe inglés no fué más grande ciertamente, cuando rechazaba con aquellas históricas palabras, proposiciones que consideraba humillantes, que el héroe del partido radical, prefiriendo morir al pie de su bandera por el bien del pueblo.

Porque es preciso decirlo: el Dr. Alem se ha inmolado en aras del partido popular, a cuyo engrandecimiento, que creía estrechamente vinculado al bienestar general, había dedicado todos los anhelos de su grande alma; todos los esfuerzos de su inteligencia superior y de su enérgica voluntad, y al cual da hoy, como lo dice en su testamento político, todo lo que le queda, su sangre y el resto de su vida.

Así como en 1891 fué quizá el único que tuvo la ins-

piración del momento y la visión del porvenir, resistiendo el acuerdo que llevaba en su seno un germen de muerte para las aspiraciones populares, así también ha comprendido hoy que el partido radical necesitaba el sacrificio de un hombre, y ese hombre debía ser él, el primero en la gloria, el primero en el sacrificio.

¡Lo que habrá sufrido en esas horas de ''solemne recogimiento'', en que maduró su fatal resolución!

Dios sólo lo sabrá, pero no es difícil suponer cuantos desgarramientos habrán martirizado su corazón, cuántas tristezas habrán invadido su alma, cuántas sombras habrán obscurecido su espíritu que en otros tiempos irradiaban tan vivos resplandores.

Pero se necesitaba una víctima y no vaciló, decretando su propia inmolación. Con pulso seguro firmó y ejecutó su sentencia de muerte.

Ahora en presencia del sacrificio de ese hombre que gozaba de tan gran prestigio en el país; que debía sentirse ligado a la vida por el cariño de los hijos, por las seducciones de la amistad y de su misma popularidad, y que, sin embargo, ha querido anonadarse, bajar al sepulcro donde todo concluye, para dar a sus correligionarios un ejemplo de constancia y de civismo? ¿Qué harán ''los que quedan''? ¿Qué harán esas generaciones jóvenes, cuyo patriotismo excita en una suprema invocación, esa última voz del héroe caído en la batalla, que grita todavía a sus soldados, ¡adelante!

¿Qué harán, sí?

¿Este último sacrificio será también estéril; esta san-

gre tan generosamente derramada, habrá caído en terreno infecundo?

.. ..

La muerte del eminente caudillo ha dejado un vacío difícil de llenar en el escenario político, y en el corazón del pueblo una impresión de amargura que en mucho tiempo no se borrará seguramente.

Parece que la República debiera estar de duelo como si hubiera sufrido un desastre, y es que la muerte de los hombres que han dedicado todas las fuerzas de su inteligencia y de su alma a luchar por la felicidad de la patria, es una verdadera desgracia nacional.

Es por esto que se puede decir con seguridad que una sombra de desolación y de tristeza se ha cernido ayer en los hogares de los buenos ciudadanos, y que millares de corazones argentinos se han sentido oprimidos por la angustia de las pérdidas irreparables.

Y por eso también, aunque el Dr. Alem ha muerto, vivirá en la memoria del pueblo, y el recuerdo de sus virtudes cívicas, flotará siempre sobre su sepulcro, como flota sobre la ruina de los pueblos el recuerdo de sus glorias.

M. Laurencena.

ALEM

(De la revista "Buenos Aires", Julio 5 de 1896)

De pronto se ha sentido una conmoción: el doctor Alem ha muerto. Un tiempo, una sociedad, un país, un partido, han sido heridos. ¿Cómo? Por la voluntad de un hombre fuerte. Es una historia y tiene algo de leyenda. La historia es muy conocida. La leyenda se conocerá más tarde.

Buenos Aires, al rendir homenaje a la memoria de este insigne luchador, cuyas virtudes cívicas han sido honradas justicieramente por al explosión del sentimiento popular, ha querido ser un eco, como en todo momento de cívica repercusión, de este clamor del pueblo argentino para el cual se han unido voces distintas, aun las más contrarias, y exornar esta página con la figura del gladiador caído, del conductor de gentes, del último caudillo que ha alentado, vibrado, combatido y vivido en la República Argentina.

Palpitación y voz es del sentimiento más puro y fuerte en este sentido, el de la juventud argentina, la palabra de uno de sus intelectuales representantes: Alberto Ghiraldo.

La emoción y la fuerza vibran en este himno en prosa, que por virtud especial, siendo escrito casi en misión periodística, transparenta el credo y la contextura de un espíritu joven y valiente.

—Era quizá el doctor Alem el único argentino que ha-

bía adquirido este poderoso derecho: el derecho de matarse.

Y esto no es una blasfemia. ¿Por qué nadie le condena? ¿Se sacrificó él mismo? — Sí, él se dió la muerte; pero a él lo han asesinado. No asombre esto a nadie. Esta frase va sin puntos de admiración. Es la verdad.

Siempre dispuesto a ser mártir, tuvo el poder de rechazar la fuerza material de los que ansiaron ser sus verdugos. — Pero tenía que morir así: sacrificado! — Era el sino. — *Ananké.*

Era demasiado hombre ese hombre. — Su alma, templada al rojo, tenía fibras que latían con todos los grandes ideales y todos los nobles entusiasmos. — Y es claro, tenía que ser víctima, y lo fué.

La montaña que lo aplastó y de la que habla en su testamento político, ha sido una montaña de barro podrido, cuyas emanaciones lo venían asfixiando desde hace mucho tiempo.

¡Qué horrible enseñanza la que nos deja! — Porque no hay duda: cuando un hombre como éste se mata, es porque debía hacerlo. — Esta muerte deja ver claro, ¡oh! sí, muy claro, como a través de un cristal, la brutalidad de las realidades.

No dejara Alem esos cuatro puntos suspensivos en el último párrafo de su testamento, y todos sabríamos a quién o a quiénes debiéramos acusar del crimen, con pruebas de justicia.

Muchos creerán, tal vez, que estas frases amargas no debieran escribirse. Yo creo todo lo contrario. Por otra parte, siento la necesidad de hacerlo porque he contem-

plado el cadáver del caudillo, y ante él, aun caliente, tendido en una mesa de club, he visto estallar el dolor de los fuertes, correr el llanto de los sinceros, pero también he visto el pliegue en el labio que ocultaba una sonrisa de triunfo.

Sí, allí estaba, como desafiando después de muerto, al tiempo y a los hombres. Bien podía hacerlo. Ha muerto convencido: había sabido vivir y supo morir. Sólo pedía perdón a sus amigos por el *mal rato*. Por lo demás, él no se ha inquietado. Nunca eludió responsabilidades. Me parece verlo. Ha sacudido su cabeza, ha dicho: ¡ya es tiempo! y un segundo después su cadáver quedaba expuesto como una cosa curiosa para asombro de las gentes.

No pudo ser un resignado. Ese mérito, esa virtud, él no la tenía; porque la resignación no es mérito ni es virtud. El sabía que en la vida los únicos resignados son los vencidos y para ser eso había que *doblarse*. Esa pasividad ignominiosa, que es casi un delito, no podía avenirse con él, que era un sublevado.

Hemos dado un adiós a una grande alma. Nos hemos despedido de un gran espíritu. Nos ha abandonado una gran fuerza.

¡Oh, pueblo, oh juventud! que escuchábais su palabra, que era arma, que era luz y que era castigo!... Para ti, juventud, ha sido su última aspiración. Como un mandato, ahí queda en su testamento una frase que indica, que manda, que ordena: ¡Adelante los que quedan!

Alberto Ghiraldo.


INDICE

ÍNDICE

DATOS BIOGRAFICOS

Pág.

Datos Biográficos 11

EL POETA

Sombras (poesía) 17

EL JUICIO DE LOS CONTEMPORANEOS

Semblanza, por **Adolfo Saldías** 23

PERFIL

Perfil, por **F. A. Barroetaveña** 45

DISCURSOS POLITICOS

Discurso en el mitin organizado por la juventud, en el Jardín Florida, el 1º de Septiembre de 1889 61
Discurso en el mitin de la Unión Cívica Radical, realizado el 13 de Abril de 1890, en el Frontón Buenos Aires 63
Discurso en la manifestación realizada en su honor, el 12 de Agosto de 1890 67
Discurso pronunciado en el mitin del Rosario, el 24 de Agosto de 1890 71

EPISTOLARIO CIVICO

Comunicación al Comité de Mendoza 77
Carta a los correligionarios de San Juan Evangelista, con motivo de la velada que celebraba ese club la noche del 15 de Diciembre de 1889, en el Teatro Iris 82
Carta a los correligionarios de Balvanera, en ocasión del festival, que se verificó en el Teatro Doria, la noche del 20 de Octubre de 1889 84

Pág.

Carta al Sr. Aquiles R. Castro, de San Juan 85
Una carta confidencial (Del "Amigo del Pueblo", de Concordia, 4 de Julio de 1896) 89
La Revolución del 90 (Juicio de Alem, presidente de la Unión Cívica Radical) 91

LA INMOLACION

Acta trágica 99
El Testamento Político 101
Carta a su hermana Tomasa 104
Carta a su hijo Leandro 105

CORONA FUNEBRE

(Discursos pronunciados en el acto del sepelio de los restos del Dr. Alem, al que concurrieron cien mil personas)

Del Dr. Marcelo T. de Alvear 109
Del Sr. Abdón Arozteguy (Delegado de la República del Uruguay) 111
Del Dr. Barroetaveña 117
Del Dr. Joaquín Castellanos 125
Del Dr. Domingo Demaría 130
Del Dr. Jorge L. Dupuis 138
Del Dr. Tomás R. García 140
Del Dr. Eduardo Guido 142
Del Dr. Bernardo de Irigoyen 144
Del Dr. Adolfo Saldías 148
Del Dr. Luis V. Varela 153

ALGUNOS JUICIOS POSTUMOS

El caso del Dr. Alem (De "La Razón", Montevideo, 14 de Julio de 1896) 163
Alem (De "La Revista Literaria", de Buenos Aires, Julio 15 de 1895) 172
El fin de un gran luchador (De "El Nacional", de Montevideo, 3 de Julio de 1896) 174
Del Dr. Leandro N. Alem (De "La Libertad", Paraná, 3 de Julio de 1896) 180
Alem (De la revista "Buenos Aires", Julio 5 de 1896) 184

ÍNDICE DE LAS LÁMINAS

Pág.

Dr. Leandro N. Alem 7

Monumento a la revolución de Julio en la Recoleta, donde se encuentran depositados los restos del Dr. Leandro N. Alem 19

Monumento a Alem en la ciudad de Buenos Aires .. 55

Monumento a Alem en el Rosario 87

Monumento a Alem en Tucumán 113

Monumento a Alem en la ciudad de Junín 131

Monumento a Alem en San Fernando 149

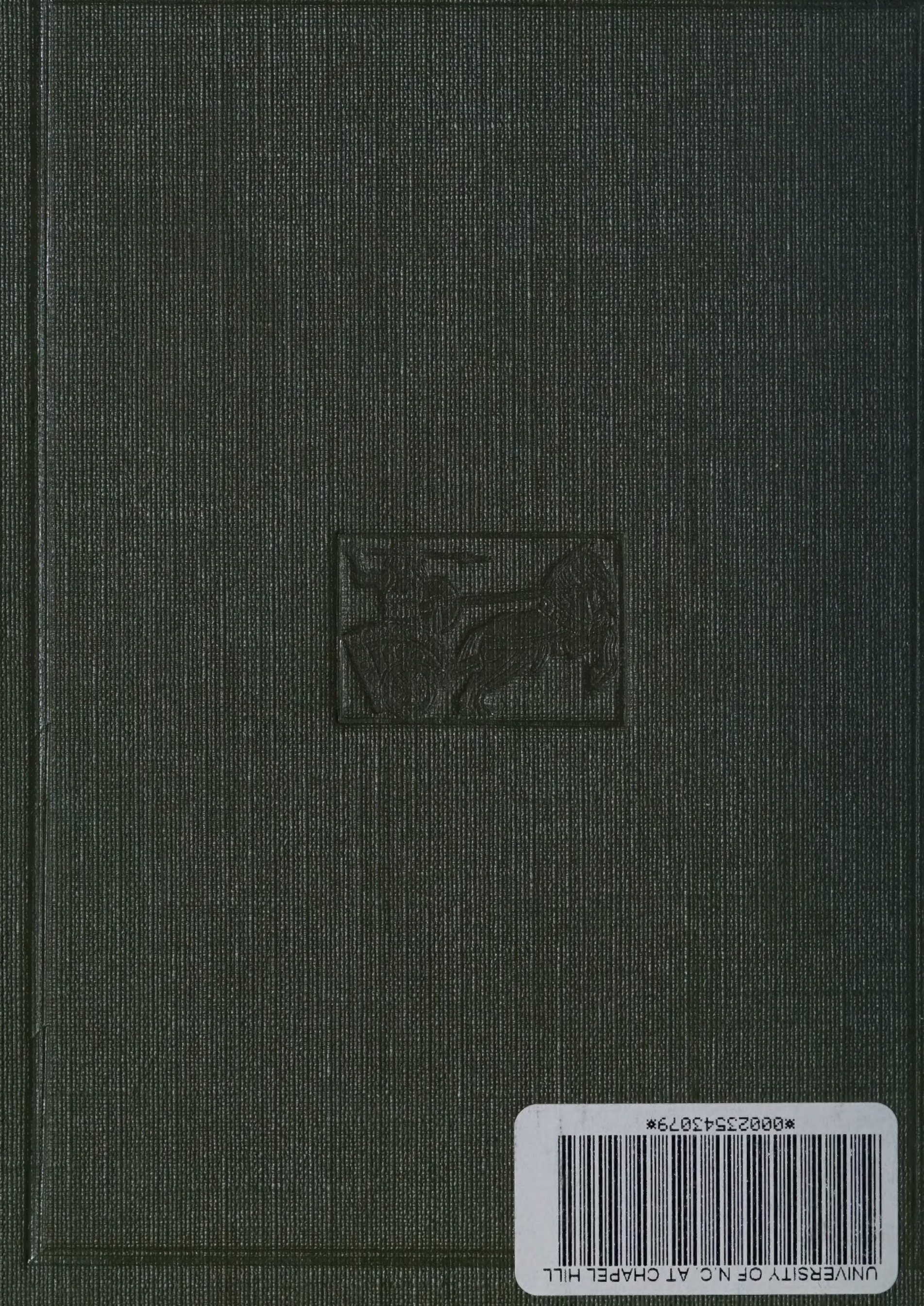
Leandro N. Alem, al fundar el primer comité de la Unión Cívica Radical, en Lomas de Zamora, en 1891. Le acompañan Manuel A. Naón, Dionisio Pardo y otros correligionarios. Al fondo, la bandera histórica del regimiento radical, que tomó parte en la revolución de 1893 y 1895 167

FE DE ERRATAS

Página 105, línea 13, dice: altos **enigmas** patrióticos... — Debe leerse: altos **ideales** patrióticos...

Página 155, línea 17, dice: y a disparar... — Debe decir: al disparar...

ESTE LIBRO ACABÓSE DE IMPRIMIR
EL DIA 20 DE JUNIO DE 1928,
EN LA IMPRENTA LÓPEZ,
PERU 662 - 672
Bs. AIRES


00023543079
UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL